



MAYO, 1967*

Carlos Montemayor

Lucio los vio entrar en la Escuela y acercarse a la ventana. Lo saludaron.

—¿Qué ha pasado? — les preguntó a través de las pequeñas ventanas abiertas del salón de clases. Los hombres sintieron el vaho del calor sofocante del salón. Del calor de mayo en Atoyac, del gran calor de la mañana.

—No vendrá el orador que tenía que hablar hoy, profesor. Entonces los padres de familia hemos acordado pedirle a usted que nos ayude y que sea el orador para esta mañana.

Lucio miraba a los hombres afuera, quietos en el patio, bajo el sol pesante de la mañana. Algunos se habían quedado en la sombra del árbol de tamarindo. Por la entrada de la escuela Modesto Alarcón pasaban caminando tres mujeres y atravesaba un viejo vehículo Chevrolet.

— Puedo ayudarles en la hora del recreo — contestó Lucio —. Faltan pocos minutos. A las 10:30.

— Gracias, profesor — aquí lo esperamos — intervino otra vez el mismo hombre —. Están ahora instalando el equipo de sonido, así que tenemos tiempo.

Lucio asintió. Sonrió a Regino Rosales.

—¿Cómo estás, Regino?

—Bien, Lucio.

—Espérenme, pues.

Lo vieron retirarse de la ventana y contener los gritos de los niños en el pequeño salón de clases.

El hombre, en camiseta, seguía ordenando los cables de un micrófono. Se inclinó sobre los controles de sonido y empezó a probarlos. Se irguió después, buscando a alguien entre los grupos que se acercaban. Luego volvió a inclinarse. Escuchó que hablaban a su espalda.

—¿Qué estás haciendo? ¿No oyes?

—Coloco los micrófonos para el mitin — contestó, incorporándose.

—Eran dos hombres.

—¿Dónde está el responsable o el encargado de esto?

—Es una profesora. La estoy esperando.



Dibujo de Fernando M. Díaz

Uno se volvió a mirar hacia la plaza, hacia los grupos que aguardaban el mitin.

—Mira, tengo órdenes del Gobernador de impedir aquí cualquier alboroto. Así que se lo vas diciendo a todos los que tengan que saberlo. No voy a permitir que sigan haciendo lo que se les antoje en Atoyac. ¿Está claro?

Lucio reinstaló el cargador de su pistola escuadra y cortó cartucho; luego bajó suavemente el martillete

para dejar alojada la bala y metió el arma en su cintura, debajo de la suelta camisa de algodón. Salió al patio. El sol caía pleno, abriantando todo, los árboles, el ruido de los pájaros y de niños. De todos los salones salían los alumnos como si se volcaran grandes recipientes en el recreo. A lo lejos se veía el cerro del Suspiro, con su mole oscura deslizándose hacia las Trincheras, hacia Ixtla, Alcholoa. Más allá se veía la sierra alta, azul, blanquecina, y un cielo despejado con un sol que calentaba el aire, la tierra.

Todos los niños corrían, gritaban bajo los almen-dros, se trepaban en ellos, caían como los pájaros en la sombra del árbol de zapote. Vio a dos maestras del lado opuesto del patio; las saludó agitando la mano. El conserje atravesó el patio.

—¿Cómo estás, Imeldo? — le dijo, sonriente.

Una pelota cayó cerca de ellos.

—Así es, no vamos a contar con soldados. El capitán dice que él necesita órdenes de Defensa Nacional.

—¿Qué decide entonces, comandante?

—Que estén muy protegidos nuestros agentes. Revisa los lugares en que deben colocarse. En parejas siempre, nadie solo.

—Ya todos están distribuidos, mi comandante. Mandé incluso a dos elementos a la Modesto Alarcón para seguir al profesor.

—Hay que cortar por lo sano. En cuanto empiece a hablar por el micrófono, todos sobre él, que no escape.

—Usted ordena, mi comandante.

—Pero para obedecer se te está haciendo tarde.

—Todo está arreglado, comandante, se lo aseguro.

—Pues lo quiero más arreglado todavía.

—Como usted diga, comandante.

Tomó el micrófono. Tenía la boca seca. Eran cerca de las 11 de la mañana.

—Padres de Familia de la Escuela Juan Alvarez — comenzó a decir con voz firme, por el micrófono —. A todos los padres de familia de la Escuela Primaria Juan Alvarez — volvió a repetir la profesora. Un fuerte eco vició el sonido del micrófono y después de ajustarlo volvió a repetir—. A todos los padres de familia de la Escuela Juan Alvarez se pide que se acerquen, por favor. El mitin va a dar comienzo dentro de breves instantes, en cuanto recibamos al compañero Lucio Cabañas Barrientos, que tomará la palabra en nombre de los padres de familia. Hacemos un llamado a todos los ciudadanos de Atoyac. Es un mitin para denunciar los perjuicios que sufren los niños de esta escuela. Reúnanse todos alrededor del micrófono, por favor.

2

LUIS CERNUDA, MEXICANO

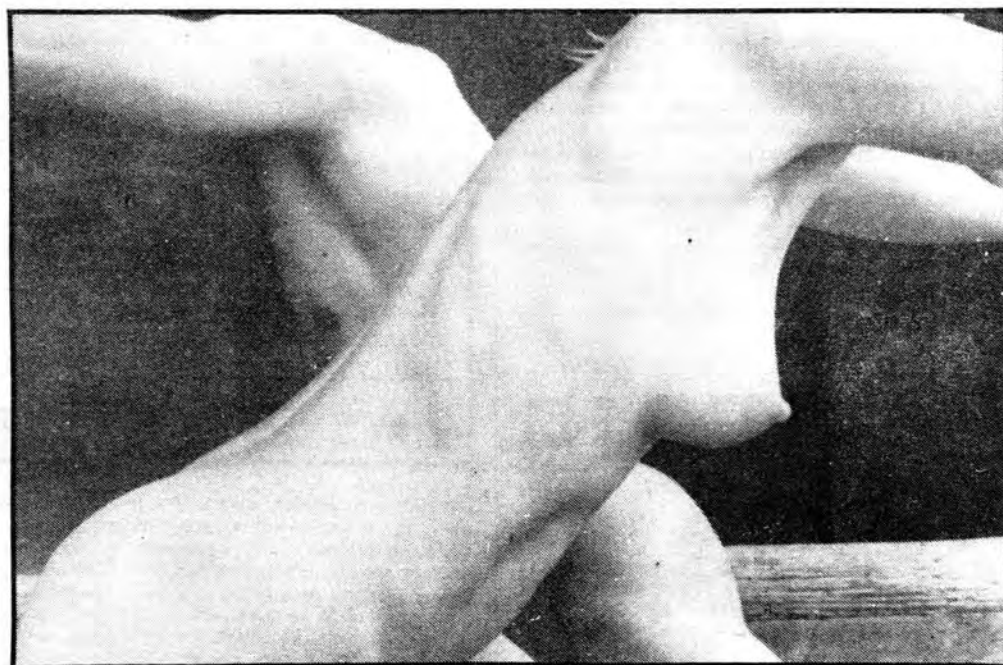
Vicente Quirarte

Takes more than combat gear to make a man
Takes more than a license for a gun
Confront your enemies, avoid them when you can
A gentleman will walk but never run.
Sting, *Englishman in New York*

A Dolores Pila

Si la tierra que nos ve nacer imprime su huella para siempre, obligando a una fidelidad sentida y no pensada, deuda impostergable del animal que por instinto limita su dominio, la tierra que hacemos poco a poco nuestra es fruto de la elección, la belleza aprehendida, la adoración estética. Los 11 años que viví entre nosotros, Luis Cernuda supo de este segundo, desinteresado y amoroso arraigo a la tierra, a nuestra tierra. Aquí encontró el amor, que es la forma más bella de la muerte; aquí lo halló la muerte, que es la forma suprema del amor. Bajo este cielo, que aún pudo gozar sin los venenos de la barbarie civilizada, recuperó — en la carne y no sólo en la memoria — espacios andaluces de su infancia; en mercados y cuadriláteros de box, en pueblos de casas blancas que trepan por cerros y hondonadas, a sus oídos volvió su lengua niña, olvidada en espíritu a fuerza de vivir en países de habla inglesa.

No quise titular este trabajo *México en Luis Cernuda*, ni *Luis Cernuda en México*, sino *Luis Cernuda, mexicano*. Me interesa más hablar del Luis Cernuda que a los mexicanos nos pertenece, y agradecer, además de su obra, que haya elegido convertirse en uno de nosotros. Como ha demostrado James Valender en su reciente libro *Luis Cernuda y la crítica mexicana*, no hemos dejado de mantener con el poeta español un diálogo que confirma su sentencia: "para el poeta la muerte es la victoria". Desde los ensayos de Octavio Paz, cuyo título "La palabra edificante" ya constituye un juicio sobre Cernuda, y de Tomás Segovia, que expresa su admiración a la grandeza de Cernuda indicando sus debilidades, hasta el poema "Origami para un día de lluvia", donde Manuel Ulacia paga la deuda al hombre y al poeta que lo enseñó a mirar de otra manera el mundo, los mexicanos no hemos dejado de conversar con Cernuda. El, que tanto despreciaba lo que los vivos decimos de los muertos, puede estar seguro de que vive en los versos túbeteantes del adolescente y en la voz madura de los poetas hechos.



Actualmente, gracias a las investigaciones de James Valender y Rafael Martínez Nadal, que han estudiado la esencia inglesa de Cernuda; a las cuidadosas bibliografía y hemerografía preparadas por Derek Harris y Luis Maristang; a los rescates epistolares de Carlos Pelegrín-Otero, Edward Wilson y Rafael Martínez Nadal, tenemos nuevos elementos para reconstruir la vida de Cernuda. Andan en México, ocultas bajo el pudor de una cerradura, cartas amorosas que reconstruirían la odisea sentimental del poeta en nuestra tierra. Ahora sabemos más de la vida de Cernuda. ¿Por qué digo la vida y no la obra?

Porque la obsesión central del poeta fue hacer de su vida lo mejor de su obra; servir a la poesía para que ésta lo viviera. El depresivo que Cernuda fue desde su primera juventud, palpable en las páginas de su diario juvenil, lograba sus escasos instantes de felicidad a través de la plenitud física o al trasladar la vivencia a la página. Todo poeta que se haya ganado ese nombre y construya un poema sabe que esa gloria no se diferencia de la plenitud que nos da ser uno en el otro al fundirse en el cuerpo amado.

El personaje central de la poesía de Luis Cernuda no es él mismo sino el poeta, figura enmascarada y

universal que habita en quien intenta descifrar el mundo, descifrándose. De tal modo, *La realidad y el deseo* puede leerse como la odisea espiritual del poeta en pugna con el sol negro que seca y agosta su parcela. Misántropo genuino, Cernuda despreciaba a la humanidad partiendo del sujeto más próximo a su carne: él mismo. En un ensayo sobre John Keats, escrito por Cernuda ya en México, hay una confesión del poeta inglés a John Hamilton Reynolds que bien puede aplicarse al sevillano: "Nada tengo que hablar sino de mí, y ¿qué puedo hablar sino lo que siento?... ese es el único estado para la mejor clase de poesía, que es lo que sólo me importa y aquello por lo que solamente vivo."

Espíritu solar, en México reencuentra su sensualidad mediterránea, y se entrega a sus emociones, él que, en sus palabras, todo lo captaba primero en los sentidos y luego en el espíritu. Pero su peregrinar que culmina en nuestro país tiene su origen en una vocación viajera cuyas raíces se hallaban en la enfermedad del espíritu. Hombre de todas partes y ninguna, se sabía presa del mal que su dilecto Baudelaire notaba en la humanidad, comparándola a un gran hospital: el enfermo que está en el lecho junto a la ventana, quiere estar próximo al muro, y viceversa. Melancólico auténtico, Cernuda necesitaba del vértigo y del cambio para salir del paroxismo en que lo postraba su astro saturnino. Cambiar de sitio, antes de que los demonios acosaran. De ahí que partir y llegar fueran ceremonias a las que rendía puntual homenaje. Por citar un ejemplo: en su "Historial de un libro" anota que en la medianoche del 10 de septiembre de 1947 sale de la estación de Waterloo rumbo a Southampton, y de ahí hacia América. Un texto de *Ocnos* resume, igualmente, esta condición viajera:

Lo que nuestro deseo no halla al lado va a hallarlo a la distancia. Viejo es aquello que dice alguno: quien corre allende los mares muda de cielo, pero no muda de corazón... mas nunca sabremos que no mudaríamos de corazón de no correr allende los mares. Lo cual de por sí sería ya razón suficiente para ir de un lugar a otro, manteniendo así, viva y despierta hasta bien tarde, la curiosidad, la juventud del alma.

2

Fotografías de Claudia Shapiro

MAYO, 1967

de la primera

La gente se concentraba, despacio, en la pequeña plaza, rodeando los aparatos de sonido.

Desde la sombra del árbol avanzó el grupo a su encuentro. Lo saludaron todos de mano. Salieron de la escuela y caminaron por la polvorienta calle. La mañana era agobiante, el peso del sol atravesaba la ropa. Una vieja camioneta con refrescos embotellados se estacionó en la esquina. Tomaron la calle Silvestre Castro y luego la Aquiles Serdán. Mujeres y hombres salían de las tiendas, de los merenderos. Pasaban automóviles, hombres en bicicletas, camiones de carga. Lucio se volvió a mirar hacia atrás: comercios, autos, gente caminando, perros, pero ningún policía. Luego escucharon el rumor de la plaza, el ruido viciado de un equipo de sonido, la voz de una mujer invitando al mitin de padres de familia de la Escuela Juan Alvarez. Atravesaron el puente del Arroyo Cuitero; en su lecho cenagoso había dos pequeños cerdos negros comiendo basura; un perro les ladraba desde el puente. Aceleraron el paso cuando empezaron a subir por la cuesta de la plaza Juan Alvarez. El hombre flaco, en camiseta, se acercó a la profesora que lo llamaba.

—Mira, aquellos, en la azotea —preguntó ella—, ¿son agentes también?

—No, no son agentes. Son los amigos de don Juan García y del ingeniero Fierro.

—Pero están armados, ¿no?

—Sí, profesora. Así parece —volvió a contestar el hombre, sudoroso.

Lucio entró en la plaza. Los padres de familia que lo acompañaban lo rodearon. Comenzaron a escucharle aplausos mientras atravesaba la multitud para llegar al micrófono. Entre la gente, un muchacho lo alcanzó.

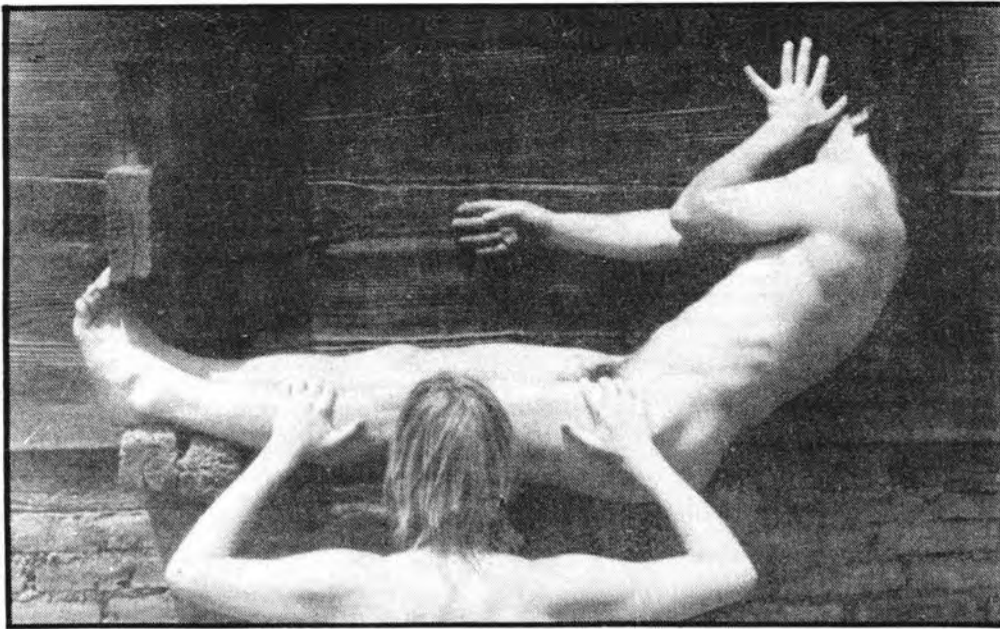
—Profesor, dice Manuel García que se cuida, porque muchos judiciales sólo esperan que empiece a hablar usted para perjudicarlo, que se cuida.

Lucio no había dejado de avanzar y llegaba al micrófono. Sintió en su mano huesuda el metal caliente. El calor era intenso; el sol caía pesadamente sobre la plaza. Eran las 11 de la mañana.

—Compañeros Padres de Familia de la Escuela Juan Alvarez —comenzó a decir.

El murmullo de la multitud disminuyó para escuchar su voz.

—¡Compañeros alumnos, pueblo de Atoyac! —gritó nuevamente— ¡Otra vez venimos aquí para que el pueblo conozca nuestra lucha, para que los maestros corruptos y dinereros conozcan de una vez por todas que no nos gusta la injusticia, que no nos gusta el trato despótico y explotador que quieren hacer sobre nuestro pueblo campesino!



Por el lado poniente de la plaza dos judiciales armados con M-1 se abrieron paso entre la gente, pero luego se detuvieron, por lo cerrado de la multitud.

—¡Házte a un lado! —oyeron que gritó uno de ellos, empujando a un viejo, pero la multitud estaba apretada, no podían atravesar.

—¡A un lado, hijos de la chingada! —gritó el otro, al tiempo que golpeaba con la culata de su M-1. Fueron abriéndose paso así con rapidez, golpeando a todos, derribando a muchachos.

—¡Más cuidado, cabrones! —gritó un hombre moreno, robusto, enfrentando a los judiciales. Volvió a gritar cuando lo vieron recibir el primer golpe en una pierna, luego otro en el hombro. Intentaron apartarse los que estaban mirando, pero fue imposible. La multitud se contraía, se agitaba como un oleaje, sin salir, sin derramarse. El hombre cayó al suelo, ya con la camisa rota y ensangrentada. Uno de los agentes intentó pasar encima de él, pero el hombre tenía ya elevado su brazo, detenido en lo alto, como si se aferrara al cinturón del agente. Resbaló sangre por el brazo, por el suelo. Vieron una masa de sangre y excremento en la ropa del agente que empezó a convulsionarse, a caer, a querer detener con sus manos el dolor, gritando, mirándose el vientre donde en vano quería meterse la sangre, guardársela, detenerla.

Logró la multitud hacer un espacio alrededor del cuerpo. El hombre trataba de levantarse del suelo sujetando aún en la mano la navaja. El otro agente se volvió a descargar su M-1 sobre él. Los impactos hicieron saltar pedazos de tierra, de ropa; se abrió el tórax bajo la ráfaga cerrada, borboteando sangre; sobre los despojos desmenzados siguió cayendo la descarga completa. El hombre era ya irreconocible, un montón de trapo, huesos, sangre, todavía brotando, dientes destrozados que no perdían su blancura.

—¡Cuidado, profesor! —alcanzó a oír Lucio en medio de la ondulante multitud que gritaba desordenada bajo el ruido de las descargas de pistolas y ametralladoras. Lucio sintió que los que estaban junto a él lo arrastraban, lo volvían a encerrar en medio de un nutrido grupo, alejándolo del agente que le había arrebatado ya el micrófono. Un hombre moreno, de baja estatura pero muy corpulento, abrazó al agente por la espalda, inmovilizándole los brazos. El agente trató de liberarse del hombre que jadeaba a su espalda, despidiendo un tufo agrio, picante, de sudor. Cayeron al suelo, a los pies de los que trataban de huir, de no estar cerca. El agente quedó boca abajo,

inmovilizado por el peso del hombre que lo seguía sujetando. Otro agente logró llegar y asestó un culatazo con el M-1. El hombre levantó sus brazos como si quisiera librarse de una llamada profunda que le quemaba la espalda, los huesos.

La pequeña mujer, embarazada, empujada por la multitud, vio que el hombre quiso volverse cuando recibió un segundo culatazo en la quijada, que le hizo brotar la sangre. Recibió el tercer culatazo en la espalda, que lo derribó al suelo; otro culatazo cayó seco, directo, produciendo un ruido sordo en la cabeza del campesino bañada en sangre. Un culatazo más cayó sobre la masa encefálica. Volvió a elevarse el arma para descargar otro golpe sobre la masa amorfa cuando la mujer pequeña se abrazó a la espalda del agente gritando desesperada, oyendo sólo su propio grito, llorando, enloquecida.

—¡A mi esposo no! ¡A él no!

Y con su vientre de embarazada, pequeña, pegada a esa espalda que olía a salado, a sudor, hundía un pequeño picahielo una y otra vez. No vio que el otro agente se incorporaba del suelo. No vio que desfundaba. Sólo sintió que algo caliente, muy rápido, la surcaba por dentro y le impedía gritar. Incluyó ligeramente la cabeza, se tomó el vientre con las manos oscuras sintiendo por dentro la criatura que se movía y fue cayendo suavemente, como si pensara en algo propio, ímimo, y fuera a sentarse para mirar algo simple, bueno. Su sangre le fue manchando la ropa con prisa, a borbotones, saliendo de su cuerpo, de su boca, junto al cuerpo amorfo que fue su marido, sin oír las detonaciones del arma que la había derribado, que la había dejado así, quieta, silenciosa, mirando con los ojos vacíos el oleaje de la multitud que trataba de huir.

Ocupado en disparar a la mujer no escuchó los insultos. Escuchó disparos, pero creyó primero que eran los de su arma y no comprendió por qué le ardía un fuego en la espalda, en el costado, por qué iba avanzando ese ardor sobre su grito y lo inundaba de una inmensa agua densa que no lograba escupir, que se le confundía con su grito mismo, y se llevó las manos a la boca para escupir el calor que lo quemaba, y alcanzó a mirar la sangre, pero ya no se asustó, siguió con sorpresa mirando de dónde procedían los disparos que no eran de su arma caída ya en el suelo, y miró los ojos negros de un costeño sudoroso, de camisa abierta, que con furia, con desprecio, seguía disparando sobre él; quiso encontrar con sus manos el dolor que le quemaba el cuerpo, pero tan sólo alcanzó a mirar los pantalones oscuros del costeño cuando quiso desprender del suelo la oscuridad, el dolor de su boca, el dolor que le impedía escuchar los gritos de dos agentes más que llegaron hacia el campesino que seguía disparando. Uno de

LUIS CERNUDA, MEXICANO

de la primera

Esta obsesión por vivir una existencia perpetuamente adolescente, regida por los días solares, por el vigor del cuerpo, Cernuda la encontró en España, pero fundamentalmente en una Andalucía más cierta en la fantasía que en la realidad. Arrancado de su terruño nativo, obligado a vivir en climas y a adaptarse a costumbres que eran lo más lejanas posibles a las sevillanas, Cernuda buscará, de ahí en adelante, su retorno al paraíso perdido. Su nostalgia arcádica se resolvía en el reino de su infancia andaluza, como escribe en su ensayo "Divagación sobre la Andalucía romántica":

palmas y el lánguido aroma de las flores meridionales. Un edén, en suma, que para mí bien pudiera estar situado en Andalucía.

La recuperación de este paraíso la logra, mediante la escritura, en los poemas en prosa de *Ocnos*, escritos durante la experiencia inglesa de Cernuda. En México la escritura, en cambio, es producto de la seducción inmediata de la tierra. La elección de México, donde reencontraba signos de su España perdida, se traduce en poemas de una luminosidad aún más notable al compararla con los tonos opacos de *Las nubes*, poemas escritos durante sus primeros años de exilio en Inglaterra, apenas terminada la Guerra Civil. Qué diferente aquella "impresión de destierro" donde el poeta ve a un doble que le revela: "todo era gris y estaba fatigado/ igual que el iris de una perla enferma", con el enamorado que en el poema "Luis de Baviera escucha Lohengrín", poe-

Confesaré que sólo encuentro apetecible un edén donde mis ojos vean el mar transparente y la luz radiante de este mundo; donde los cuerpos sean jóvenes, oscuros y ligeros; donde el tiempo se deslice insensiblemente entre las hojas de las

ORQUIDEA NEGRA

Rosario Bañuelos

Maravillosa, embrujadora. Fascinada la contemplo por la noche, en medio de la selva exuberante, resplandece. Seis pétalos la forman: el de la fuerza el de la ternura el de la tranquilidad el de la sabiduría el de la belleza y el de la arrogancia. Envuelta en su aroma inconfundible me seduce cuando duerme, me enloquece. La despierto con mi voz, mis caricias, el calor de mi cuerpo y mi infinito amor.



PERSONAL		BOCQUETE	
LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO		HORAS	DIENES
CERNUDA Luis		L. 2 hs.sem.	220.00
1-2-55 Corrientes Principales Hist. y Lit. Francesa (14)			
1-2-56 Corr. Princ. de la Hist. Francesa (14-46)		2 hs.sem.	220.00
1-2-57 Cor. Princ. de la Hist. y Lit. Francesa (14)		2 hs.sem.	220.00
1-2-58 Corr. Princ. de la Hist. y Lit. Fac. de Fil. y Letras Francesa (15)		2 hs.sem.	220.00
		a.p.lo. Agosto	242.00
1-I-59 Corr. Princ. de la Hist. y Lit. Fac. de Filosofía y Letras Francesa (14)		2 hs.sem.	242.00
1-II-60 Lit. Gramática del S. de Oro (14)		2 hs.sem.	266.20
1-II-61 Lit. Francesa XXI (19)		2 hs.sem.	266.20
			Lic. s/s. a p.16-VII-61

INSURGENTES 30 MEXCO. D. F. SISTEMAS VISIBLES Remington Rand KARD EX TEL. 35-15-84

ma escrito en México, mira su imagen desdoblarse por obra del amor, para salvarlo y redimirlo. Cernuda, quien gustaba repetir la paradoja "no me hubiera buscado de no haberme hallado", halló la equivalencia de esa Arcadia inasible entre nosotros.

La facilidad de Cernuda para establecer el diálogo de su cuerpo con las realidades del mundo, con lo que él llamaba "el vasto cuerpo de la creación", lo aproxima inmediatamente a través de los sentidos, al clima, los sonidos, al paisaje fecundo, inagotable, de México. El, que se abrazaba al tronco de un joven chopo o se conmovía hasta las lágrimas ante el árbol dos veces centenario en Emmanuel College, en México encuentra una flora que lo abruma, lo acosa y lo seduce. Cruzada la frontera estadounidense por primera ocasión en el verano de 1949, el cuerpo es el que manda; los sonidos recuperan un modo de nombrar, una música vocal que, diferente, lo reconoce y obliga a reconocerse en ella. Se obsesiona con los nombres de las cosas nativas; con los perfumes nuevos; con los seres que le evocan a los suyos, pero que son también raza pura de una tierra nueva. Receloso y desconfiado, habrá de replegar sus emociones antes de darse plenamente. Y si en Glasgow escribe los poemas en prosa de *Ocnos*, para no perder la evocación andaluza, de vuelta a Estados Unidos, para retener ese México que ha entrado por los

poros, comienza a escribir *Variaciones sobre tema mexicano*, cuando aún lo sucedían las comodidades que para el trabajador intelectual tienen las universidades estadounidenses.

Cuando Cernuda se instala definitivamente en la Ciudad de México, en noviembre de 1952, es un hombre físicamente en la plenitud de sus facultades. El 31 de diciembre de ese año el país legitima su estancia de la mejor manera en que puede hacerlo a un escritor: no con una visa, sí con un libro. Como señala el colofón, en esta fecha simbólica se termina de imprimir *Variaciones sobre tema mexicano*. Luis Cernuda tiene 48 años y está enamorado. En 1951, durante otras vacaciones de verano, había conocido al protagonista de "Poemas para un cuerpo." Y aunque no pueda librarse de su invencible melancolía, sí creemos en sus palabras, en México vive algo que se asemeja a la conciliación, si no es que a la felicidad: "Creo que ninguna otra vez estuve, si no tan enamorado, tan bien enamorado... jamás en mi juventud me sentí tan joven como en aquellos días de México; cuántos años habían debido pasar, y venir al otro extremo del mundo, para vivir esos momentos felices." Aunque Cernuda fuera el primero en boicotear su éxito él hubiera odiado esta palabra —en su época mexicana le suceden las mejores cosas que le pueden ocurrir a quien todo lo entrega a la escritura.

ellos soltó la ráfaga de su Browning.
—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Hijo de puta! —volvió a gritar disparando sobre el campesino descamisado, sobre la cabeza, sobre el pecho, sobre la sangre que manchaba el cuerpo convulso.

—¡Los judiciales están atacando! ¡Disparan sobre la gente, don Manuel! —gritó uno de los policías viejos.

Manuel Cabañas estaba nervioso. Escuchaba los disparos, los gritos en la plaza. Hubiera querido asomarse, pero siguió sentado.

—¡Ustedes están acuartelados! —repuso—. ¡Toda la policía municipal de Atoyac está acuartelada! No tenemos autorización para intervenir —insistió.

—¡Pero están disparando sobre la gente! ¡No podemos quedarnos con los brazos cruzados!

—¡Y qué carajos quieren que haga yo! Vino el procurador del Estado en persona y me advirtió que ahora la seguridad quedaba por cuenta de ellos, que yo como presidente municipal no interviniera y ustedes tampoco.

—Nada más intervenimos para calmarlos, don Manuel, para que se les quite lo nervioso a esos hijos de la chingada.

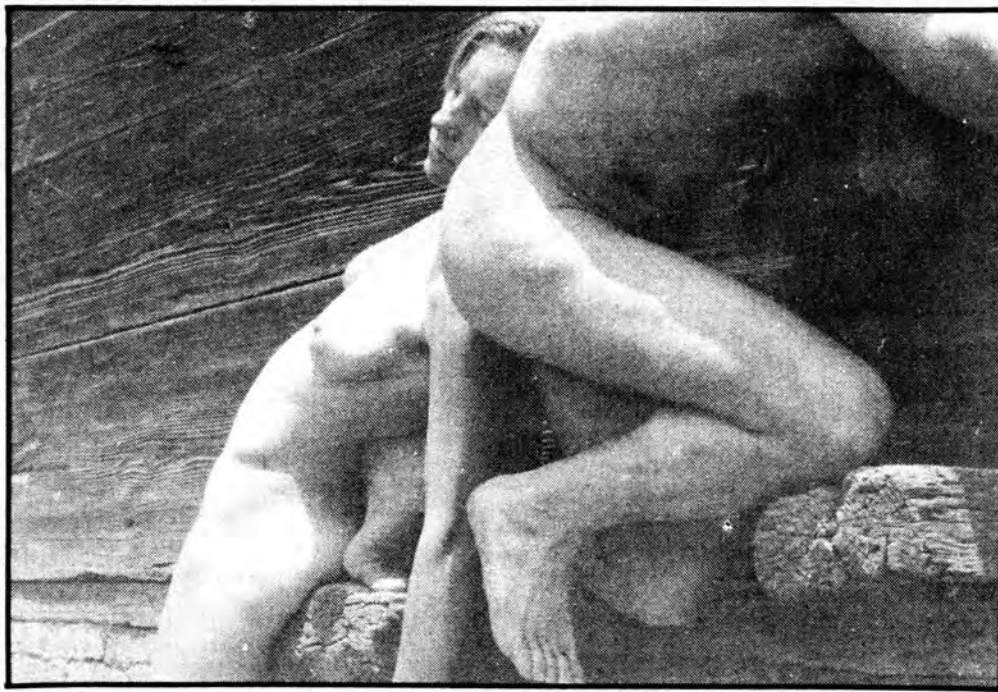
Oían las descargas de M-1 y de pistolas automáticas. Dos policías preventivos estaban asomados tras la ventana, contentándose de salir, de intervenir.

—¡Están matando incluso a mujeres, don Manuel! —gritó otro policía indignado.

Manuel Cabañas bajó la cabeza, tenso, sobre su escritorio; hizo un esfuerzo por cerrar los labios, por no decidir, por no escuchar, por no sentir a los policías preventivos en su oficina.

—No podemos hacer nada. Son órdenes del gobernador. Ustedes están acuartelados. Esto es asunto sólo de la Judicial del Estado. No pueden intervenir.

—¡Claro que podemos intervenir, si están matando a mansalva! —reclamó el policía más viejo, un costeño de 40 años, alto, robusto, de guayabera verde, agitando las anchas manos morenas.



Manuel Cabañas movía nerviosamente entre las manos un lapicero. Levantó la vista hacia el policía, con firmeza.

—No tengo autorización —repitió con angustia, con impaciencia—. El procurador lo dijo muy claro.

—¡No tenemos huevos! —espató el policía de guayabera verde—. ¡Eso es lo que pasa! Están matando a todo mundo y nosotros estamos escondidos aquí, como putas.

—¡No estamos escondidos! ¡Estamos obedecien-

do órdenes! —replicó Manuel Cabañas.

—¡Obedeciendo órdenes de su chingada madre! —gritó el policía.

Lucio caminaba con dificultad, arrastrado por un grupo de mujeres y de hombres que lo ocultaban entre la multitud. Oyó al bajar de la plaza que un compañero tropezaba y caía tras él; intentó detenerse, ayudarlo, pero sintió que alguien lo sujetaba de un

brazo. Empezaron a oírse en ese momento, en medio de los disparos de metralletas y de pistolas, en medio de los gritos de la multitud espantada, el repique de campanas de la iglesia. Era un ruido ensordecedor, las campanas tañían a revuelo, insistentes, vigorosas, como si provocaran a todo el pueblo, a toda la fuerza, a toda la vida. Lucio dudó, pero el agente empezaba a desenfundar. Lucio empuñó su pistola debajo de la camisa; estaba el metal sudado, caliente, casi resbaloso por tanto sudor. Luego el agente se fue doblando de dolor, manchado de sangre, queriendo respirar, queriendo gritar. Muchos se interpusieron y otra vez sintió que lo arrastraban fuera. Las campanas seguían doblando a revuelo, sobre los gritos y los disparos. Cerca de la iglesia Lucio echó a correr, en medio de las mujeres y de los hombres que lo cubrían. Cuando rodearon la iglesia Lucio sintió que las calles estaban vacías, que parecía no haber ocurrido nada en ellas, que ninguna sombra parecía comprender el sudor y la sangre con que venía manchado, el calor con que corría, la furia y la prisa con que veía las piedras de las calles como recibiendo, como advirtiéndole que ése era el suelo seguro, libre. Recordó repentinamente el salón de clases, sus alumnos. Sintió prisa, que no habría espacio en los días para rehacer la confianza, para no luchar otra vez, para no asomarse otra vez a la muerte, a la lucha contra la muerte.

En lo alto del campanario echaba a revuelo las campanas, lo ensordecía el tañer inmenso de los bronces. Calvo, robusto, sudoroso, miraba el jardín desecho donde corrían judiciales, donde quedaban cuerpos ensangrentados bajo la multitud, olvidados por la huida, por los gritos. Echaba a repique las campanas con furia y gritaba con voz inmensa que se confundía con el ronco tañer de las campanas; sentía al gritar la boca llena de fuego.

—¡Vengan por su padre, cabrones! —gritaba hasta desgarrarse la garganta—. ¡Vengan por su padre, cabrones!

Su labor de poeta en verso y prosa, de ensayista y traductor se concreta en libros fundamentales de su obra. Revistas y suplementos literarios mexicanos publican a menudo colaboraciones suyas. Entre 1953 y 1955 obtiene una beca de El Colegio de México, para escribir sus ensayos sobre poesía española contemporánea, la mayoría de los cuales aparecen en *México en la Cultura* del periódico *Novedades*. En 1957 aparece *Estudios sobre poesía española contemporánea* y firma contrato, con nuestra Universidad, para la edición, al año siguiente, de *Pensamiento poético en la lírica inglesa*, fragmentos del cual habían aparecido en revistas y suplementos literarios. En 1958 sale a la luz la tercera edición de *La realidad y el deseo* y en 1962, bajo el sello de Joaquín Mortz, *Desolación de la quimera*. En 1963, año de la muerte de Cernuda, aparece la tercera y definitiva edición de *Ocnos*, publicada por la Universidad Veracruzana.

Variaciones sobre tema mexicano quiere ser la bitácora que, como la del auténtico viajero, se escribe en el alma. Adorador de la belleza, Cernuda se entregaba a ella sin reservas. Sin embargo, fiel a la lección de John Ruskin, quien lo enseñó a evadir la falacia patética y la emoción inmediata, no menciona sus sitios poéticos con mayúscula, sino los crea. Adivinamos, en uno, la terraza del Castillo de Chapultepec; en otro, los canales de Xochimilco. Le importa siempre, con base en la experiencia externa, crear un espacio interior, develado por el poeta para hacernos mirar con nuevos ojos lo que siempre ha estado ahí. Los puentes entre la Sevilla de la infancia y el presente de Glasgow son producto de la memoria; aquellos que vinculan Sevilla con México nacen de verduras análogas, de terrazas que están o estuvieron en otra parte más allá del océano. Sin embargo, hay también un hecho que explica esta necesidad de hacer suya la tierra mexicana, aunque Cernuda haya tenido el buen gusto estético y el poder humano de no confesarla: la devoción por lo que formaba, a sus ojos, *lo mexicano*, nacía paralela a su enamoramiento por un nativo de esta tierra. Los "Poemas para un cuerpo" explican esta correspondencia entre sujeto y espacio. Ser parte de otro significa adueñarse de su territorio, poseerlo. Por eso sus poemas no son estampas de ocasión del turista deslumbrado por el paisaje extranjero, sino testimonio de una mutua y enriquecedora posesión. La historia de amor, como todas las grandes, termina. Sus rescoldos reviven en Acapulco, en la Playa de la Roqueta, cuando el amor es ya sólo la imagen torturante de lo que fue. Enamorado de la belleza física, asistente asiduo a los conciertos de música clásica, sobre todo a los que se realizaron en 1956, en México al igual que en todo el mundo, con motivo de los 200 años del natalicio de Mozart, ¿cómo no pensar en Aschenbach, el artista enamorado que Thomas Mann concibe, persiguiendo en las calles de Venecia al otro que es él mismo, espejo de Narciso que combate, en batalla perdida, contra el tiempo?

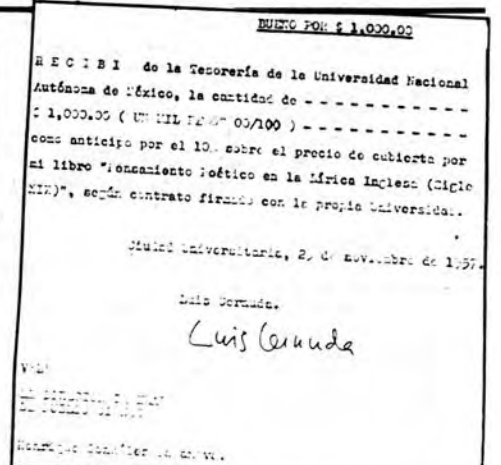
Se le vio caminar. Llenáramos un libro con todas las anécdotas de los habitantes de la Ciudad de México que lo vieron por la urbe que, caminante y solitario como era, conoció hasta agotarla. Cernuda y la ciudad. Miremos parte de ese álbum fotográfico, instantáneas impresas —ya para siempre— en las pupilas mexicanas: Cernuda y el autobús Colonia del Valle, donde se sentó al lado de un adolescente que leía un libro de poemas, pretexto para la conversación donde el joven, llamado Enrique González Rojo, le comunicó su parentesco con el abuelo ilustre. Cernuda y los martinis del Sanborns de Lafragua, donde iba a festejar su cumpleaños de hombre solo. Cernuda en las oficinas de Hacienda, llenando la puerta con sus suéteres ingleses, saludando a Octavio G. Barreda y Fausto Vega. Cernuda en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, vestido con la elegancia excesiva que es en el fondo blindaje del solitario. Cernuda en los salones de clase, impartiendo una cátedra aburrida en un salón semidesierto, para confirmar la regla casi invariable de que los buenos escritores son malos profesores. Cernuda en la tertulia del Hotel del Prado, donde Sergio Fernández lo mira transfigu-

rarse desde su llegada rígida, todo él *tweeds* y lociones, hasta la locuacidad que lo animaba al hablar de los poetas ingleses. Cernuda a la salida del Palacio de Bellas Artes, recorriendo a pie los 10 kilómetros hasta su refugio coyoacanense, alimentado por la luz de Mozart; Cernuda grabando sus poemas para el disco más tarde editado por nuestra Universidad, en una cinta casera que no elimina el modo seco, urgente, con que pasa de un poema a otro, timbre metálico y bajo, voz discreta y honda que tiende a no hacerse notar, como el Góngora de su poema que sólo salía amparado por la penumbra para que menos se notara "la bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su traje". Cernuda en el ataúd flameante de Gayosso, el rostro impecablemente afeitado, y Guillermo Fernández —único poeta mexicano que lo veló toda la noche— efectuando, a través del vidrio, el vínculo que no pudo darse en vida.

Desolación de la quimera es su último libro de poemas, y es, también, otro libro mexicano de Luis Cernuda. No es ya el poeta virtuoso que dio muestra de su maestría técnica en *Egloga, elegía, oda*. Tampoco el iconoclasta exaltado de *Los placeres prohibidos* ni el del aliento de los largos poemas meditativos de su madurez. *Desolación de la quimera* es el

libro del hombre ya dispuesto a marcharse: "Morir es duro, mas no poder morir si todo muere, es más duro quizá." Desde los títulos de los poemas, todo en el libro es despedida, premonición, hacer las paces. Se dice, con más frecuencia de la debida, que el último libro de un poeta es su testamento. En Cernuda es cierto, más cierto aún porque se trata no de su testamento poético, sino de su testamento de hombre. Los versos en *Desolación de la quimera* lo parecen, en ocasiones, sólo por su disposición tipográfica, y a cada momento el poeta siente la necesidad de la confesión, y de hacerle más caso al hombre que está por irse. Las campanas de un 2 de noviembre le recuerdan que es el último de su estirpe —sus dos hermanas recién habían muerto— y que los Cernuda difícilmente llegaban a los 60 años. Murió como hubiera querido, en las primeras horas del 5 de noviembre de 1963, sin molestar a nadie, en silencio y solo, recién bañado, la pipa en una mano y los cerillos en la otra.

Como se ha dicho varias veces, como él mismo lo confesaba, su estancia en México se debió a la recuperación de la tierra natal. Pero también —y creo que no está dicho suficientemente— porque en los mexicanos encontró virtudes que él creía algunas de las mejores de la humanidad, virtudes que también



encontró en los ingleses y, acaso a pesar suyo, en los españoles. Odiaba en españoles, ingleses y mexicanos la vulgaridad, la ambición, la mezquindad, defectos que no obedecen a nacionalidad alguna, sino a la veledad de nuestra especie. Pero admiraba la España de Galdós y Cervantes, la Inglaterra que re-

APHORISMYTOS

Juan Carvajal

La acción agrícola rompe una cadena ¿de cuántos cientos de miles de años? e inaugura un ciclo que da origen a los pueblos-ciudad, a la civilización, a la industria y con ella a lo que hoy vivimos como espantosa destrucción de la naturaleza. La agricultura como el verdadero pecado original. "La maldición del trabajo". ¿Podrá el ser humano detener esta impía aniquilación y regresar a la antigua y heroica existencia de nuestros primeros padres? No, sin otra masacre mayor. La sobrepoblación —otro crimen, la población mayor— sólo será combatida y domeñada por una hecatombe.

El primer surco hecho por el hombre, como la primera herida infligida por éste a la tierra. El hombre antiguo, el cazador, debió haberla visto como un siniestro graffiti, como una horrenda ofensa inferida a él y a la Madre naturaleza que le ofrecía sus dones nutricios bajo la forma de entes animados. Este acto fue un gran crimen pues significó el fin de una existencia de libertad y fue el principio de un inhumano sometimiento.

Para los que somos poco leídos (que somos muchos): Recuerda a Borges que, hablando de su primer libro, fue después de 10 años a cobrar regalías, se habían vendido 27 ejemplares. "Mi madre —dice— no lo creyó. Se resistió a creer que esta muchedumbre se hubiera interesado por un libro mío." Y después añadiría: "Y sí, si bien se piensa 27 lectores son muchísimos más que 100 mil."

El crimen mayor que el hombre puede cometer: matar una ballena. El tamaño de la criatura despoja de carácter metafórico esta aserción. Por eso los cazadores de ballenas tienen la fama, el baldón de ser los peores marineros, la hez de los hombres que mancillan el mar. Si yo gobernara el país de los cazadores, consentiría que se matara a una ballena con la condición de que el que tal acción realizara la llevara a cabo con sus propias manos. A aquel que la venciera cuerpo a

cuerpo lo entronizaría como el santo patrón de la caza.

No es verdad, como tanto oigo decir, que "faltan líderes". Sobran. Sobre todo en los países subdesarrollados de ascendencia hispánica, en donde cada cual es su propio guía y conductor. En México bien podríamos decir "yo soy mi líder", cuando lo preferible sería naturalmente proclamar: "yo soy mi *lieder*".

Otra vez la lluvia al trigo.

La coherencia es enemiga de sí misma. En innumerables circunstancias para ser coherente es preciso ser muy incoherente. ¿Cómo se llama esta figura lógica?

La muerte está echada.

¿Los críticos son sólo aquellos que leen la página en el ojo ajeno?

El supremo arcano, en toda iniciación tanto litúrgica como existencial, es necesariamente mortal. Aprender a morir, pues, parece ser el secreto de la vida. ¿Será acaso el secreto de la muerte aprender a vivir?

Ernst Jünger es un gran novalista

Tengo una máquina modernísima que está programada para no escribir mentiras. Por eso escribo en otra máquina, más antigua. Curiosamente esto lo escribió la máquina moderna.

Todo placer vive de la inteligencia y el espíritu. Por eso, aunque hay sexo sin amor y no amor sin sexo, ello no indica superioridad alguna del impulso sexual sobre la mente.

La vejez: el patético instante en que nuestros vicios nos abandonan

Carne de luz, transparente presencia de todos sin nosotros: el poema.

Lo que perpetuamente sobrecoge en un niño es su aire de venir, de pertenecer todavía a un más allá sublime. Por eso muchas especies animales, incluidas algunas de las bestias más fieras los intuyen divinos y llegan a protegerlos. Al menos en la literatura.

¿Cuál es el árbol del dios Pan?

¡Qué nostalgia la de habitar tierras que no hubieran sido mancilladas con la noción de pecado original!

Consejo a un suicida titubeante: ¿Quieres alcanzar tu oscuro y anhelado fin rápidamente? Huye de la muerte con precipitación.

¿Cuál sería la *necesaria* imperfección de Afrodita con la que aparecería si ella deseara manifestarse y entregarse a ti, mortal? ¿Uñas sucias, juanetes, bizquera? ¿O simple mal carácter? Para no hablar de su *raza*.

Federico II construyó junto a su palacio y como parte de él unas ruinas de artificio. De este singular y admirable detalle podemos inferir al hábil administrador de Estados y hondo conocedor de las leyes que rigen el destino de hombres y cosas que fue este inmenso soberano y rey de estirpe leonardesca.

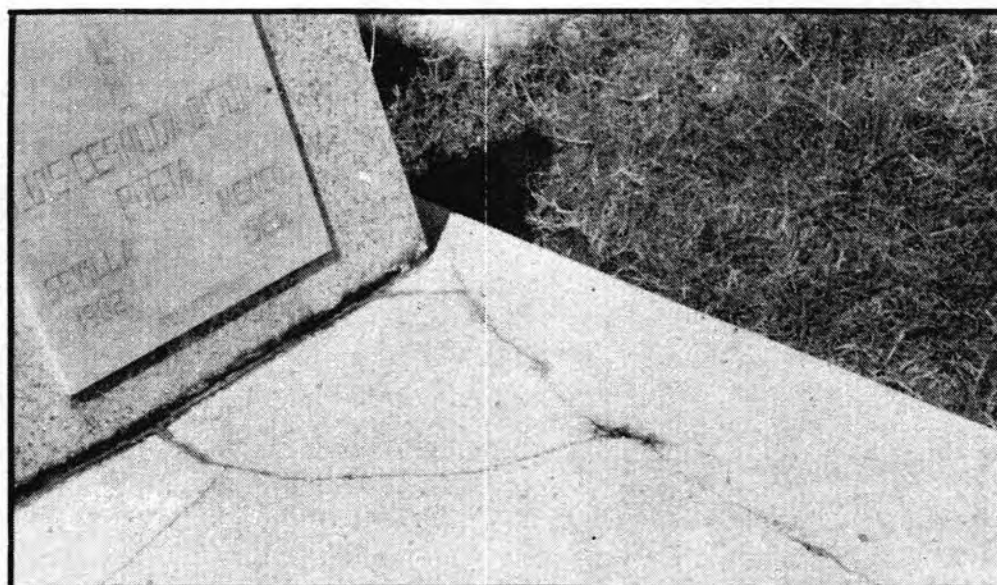
Algunos colegas y aun amigos de Nietzsche se convirtieron cada uno en una jauría entera que lo devoró con saña. Aun vemos su tumefacta y sangrienta dentadura. Es —dice Jünger— destino de los grandes ser acosados por el espíritu del mundo y ser ultimados por él.

sistió los bombardeos de la aviación alemana y el México que le recordaba un edén imposible. Nada más lejano que Glasgow y Xochimilco, Londres y la Ciudad de México. Pero si en los ingleses admira el pudor y la discreción —cualidades tan cernudianas—, en los mexicanos admira la laxitud corporal, el espíritu dionisiaco que lo regresa a su indolencia andaluza, al ocio creador que se le vuelve un "quehacer de mirar y luego quehacer de esperar el advenimiento de la palabra". Debemos a Ermilo Abreu Gómez el rescate casi textual de las palabras con que Cernuda se refería a los ingleses. Cuando el mexicano le decía que aquellos eran secos, sórdidos y displicentes, Cernuda respondía.

Este tipo de inglés, es claro, que existe; ya lo creo que existe; como existe el español vulgar, mal hablado e ignorante; y existe el italiano que es como un pedazo de música. Pero existe el otro inglés que pasará inadvertido en cualquier parte; que viste con discreción extraordinaria; que habla quedo; que no se atreve a soltar una palabra sucia; que pide perdón si discrepa un punto de su interlocutor y que además es capaz de contarnos, como si fuera un cuento de hadas, la vida de Milton, de lord Byron o de Keats. En un descuido nos dice —no nos recita— un poema completo de la época romántica.

¿No es este un autorretrato de Luis Cernuda, a pesar suyo? Cuando comencé a escribir estas líneas quise encontrar en una canción de Sting, *Englishman in New York*, la poética cernudiana. iba a decir poética vital, pero en Cernuda la poética verbal se organiza a partir de la experiencia vivida, del inmediato asedio a la realidad. En la canción de Sting, un caballero inglés se trasladó a Nueva York, y sobrevive, fiel a sus principios, en la barbarie civilizada; en su necesidad de defender su reino intocado por los otros, veo el equivalente del *Vivir sin estar viviendo* cernudiano; en su exigencia porque el guerrero sea aquel que merece las armas y no sólo el que las toma, encuentro un paralelo con el Cernuda que, antes que empujar al otro, prefiere hacerse a un lado. Cernuda era así, como los pasajeros ingleses del *Titanic* que vistieron *smoking* cuando se dieron cuenta de que el naufragio era inevitable; pero también como el indio mexicano Tomás Mejía, que no dijo una palabra frente al pelotón de fusilamiento en Querétaro, ante la grandilocuencia y la dramatización de sus compañeros de cadalso. Este auténtico caballero que "camina pero nunca corre" aparece definido en un recuerdo infantil de José de la Colina:

Delgado, moreno, chato, de frente abombada, de bigotito lineal, de pequeños ojos duros, bien empaquetado en una discreta elegancia a la inglesa, salía Luis Cernuda, con su soledad insobornable, a la calle, en la Ciudad de México, y nosotros, hijos de refugiados españoles, lo teníamos por lo que de él nos habían dicho: un señorito, y por eso habíamos tramado aquella broma que repetimos quién sabe cuántas veces: él caminaba por la calle, tal vez fumando su pipa, y de repente se oía aquel grito duro, imperativo, a su espalda: "¡Ey, Cernuda!", alevosamente lanzado como una pedrada desde cualquier parte o ninguna, y él se volvía vivamente, miraba en torno suyo, buscaba al este



Tumba de Luis Cernuda

y al oeste y al sur y al norte, escudriñaba la calle como un páramo de chacal, fruncía el entrecejo, se le veía desconcertado, descentrado, perdiendo su eje, repentinamente inmerso en un amenazador vacío. Y nadie al este y al oeste, nadie al sur ni el norte, y él seguía su camino, desorganizado ya su mundo. Acaso el grito se repetía desde cualquier parte, acaso él volvía a girar sobre sus tacónes, a mirar en torno, a quedarse así, más que nunca envuelto en su exilio como en una enemiga niebla.

Acaso la desconfianza por esas voces que lo llamaban de quién sabe dónde, su incapacidad para asimilar bromas, llevaron a Cernuda a fortalecer su armadura, a *vivir sin estar viviendo*. En su libro de memorias *Lo que "Cuadernos del Viento" nos dejó*, Huberto Batis reivindica el trabajo docente de Cernuda, quien fue su profesor de literatura francesa, y enumera sus constantes intentos por romper la coraza cernudiana. Uno cuando le solicitó un poema para la revista; Cernuda no contestó con un "sí" verbal, pero envió "Ninfa y Pastor" por intermedio de Joaquín Díez-Canedo; un segundo intento de comunicación verbal fue ante el zaguán de Tres Cruces 11, en Coyoacán; el tercero, en los Viveros de Coyoacán, donde Batis nos revela un Cernuda deportista:

Lo vi caminar una mañana bordeando por avenida Universidad los Viveros de Coyoacán. Detuve mi coche adelante, y bajé a saludarlo. Don Luis venía a buen paso, respirando profundamente como un marchista, me esquivó como si yo fuera un poste plantado en medio de la vereda, sin contestarme y sin parpadear siquiera, mirando el infinito. Ahí me dejó como el estúpido que soy. Así era Cernuda.

Pero acaso la vanidad natural del poeta, a la cual no era ajeno Cernuda, se sintiera complacida por el joven

que solicitaba versos suyos. La célebre neurastenia cernudiana, leyenda fomentada por sus propios amigos, como el *Licenciado Vidriera* inventado por Salinas y que, acaso por justo, tanto molestaba a Cernuda, era en el fondo una necesidad de respetar al otro, de no meterse en sus cosas, y de pedir lo mismo a cambio. Orgullo del tímido: no me hagas a mí lo que no quieres que te haga, pero insiste para romper este cerco que me impongo. Concha Méndez me contó que una mañana de Navidad lo encontró dormido en una silla del jardín, cubierto por una manta. Había dormido ahí la noche entera. Habiendo llegado tarde de la Nochebuena, no tuvo el ánimo para cruzar el jardín y repartir abrazos, jugar a ser feliz como casi toda la gente, antes de refugiarse en la pequeña casa en que vivía al fondo de la mayor.

No quiero terminar sin reconstruir una fotografía que tengo ante mis ojos. Fue tomada ante la tumba de Luis Cernuda el 5 de noviembre de 1978, en los 15 años de la muerte del sevillano. En el Panteón Jardín de esta Ciudad de México nos dimos cita varios poetas devotos de Luis Cernuda. Nos encabezaba Concha Méndez, con un ramo de flores del jardín de la Casa de Tres Cruces donde Cernuda creía recuperar el huerto cerrado que sólo la infancia y la poesía nos permiten poseer. A sus entonces 80 años de edad, Concha Méndez era la memoria del grupo de poetas que hizo el Otro Siglo de Oro de la poesía española. Con dos bastones y el corazón entero, representaba a esa generación del 27 cuyo mayor heroísmo fue vivir con una intensidad que devoró al tiempo para incorporar a España a la modernidad. Y estábamos también los otros, quienes éramos niños o apenas íbamos naciendo cuando Luis Cernuda anduvo entre nosotros, sobre la misma tierra donde apenas florecíamos, ignorantes de que en *nuestra*

entraña maduraba la perla. Ante la sencilla lápida que dice "Luis Cernuda Bidou. Sevilla 1904-México 1963", leímos varios de los poemas más representativos del sevillano. Nos acompañaban también Enrique González Rojo y Carlos Illescas, quien escribió un poema para la ocasión, a partir de la figura de Marsias, el símbolo del poeta martirizado pero triunfante que Cernuda amaba particularmente. Cada uno de nosotros sintió que el poema "A un poeta futuro" era nuestro, y era imposible no estremerse al escucharlo, en voz de Isabel Quiñones:

Quando en días venideros, libre el hombre
Del mundo primitivo a que hemos vuelto
De tiniebla y de horror, lleve el destino
Tu mano hacia el volumen donde yazcan
Olvidados mis versos, y lo abras,
Yo sé que sentirás mi voz llegarte,
No de la letra vieja, mas del fondo
Vivo en tu entraña, con un afán sin nombre
Que tú dominarás. Escúchame y comprende.
En sus limbos mi alma quizá recuerde algo,
Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos
Tendrán razón al fin, y habré vivido.

A cambio de las flores que depositamos en la tumba de Cernuda, cada quien se llevó la parte de la herencia cernudiana que le correspondía. A todos nos quedaba claro que, por haber estado en nuestra tierra, por reposar bajo ella, Luis Cernuda es mexicano: En México, donde el "esta es su casa" es signo revelador de la generosidad de sus habitantes, aprendió nuestro culto a la muerte y también a hablar con ella. No hay casi poema de *Desolación de la quimera*, ya se trate de aquellos donde él o su otro yo son personajes, o donde rinde homenaje a la condición del artista, que no se refiera a la acción de morir. Pudo haber regresado a Estados Unidos; rechazó el examen médico, puso mil pretextos. Meta de muchos peregrinos, México fue el punto final de un afán viajero cuyo corolario se encuentra en uno de sus últimos poemas:

Más ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponible por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Itaca que aguarda y sin Penélope.

Bajo la evidente amargura de estos versos late la confirmación de la estela mexicana de Luis Cernuda, y un consuelo posible para quien vivió en soledad y a ella dedicó algunos de sus versos más memorables. Héctor Carreto, Carlos Oliva, Eusebio Rivalcaba, Mario Alberto Mejía, Isabel Quiñones, Carlos Santibáñez, Antonio del Toro y quien esto escribe fuimos al Panteón Jardín para hablar con Cernuda, pero también para comprobar que su esterilidad era aparente. Ese día, y todos los demás en que al azar abrimos *La realidad y el deseo*, o ejecutamos una acción que redime la dignidad del hombre, estamos diciendo a Luis Cernuda que somos los hijos que no tuvo pero tiene. Los hijos mexicanos de Luis Cernuda.

Crónica de Ayotlán

DESPUES DEL PERSICO

Margarita Peña

¡Señor, sonríe a tu pueblo; Señor, libranos del horror de la guerra!" dice en letras negras y rojas sobre fondo blanco, la mancha enorme que se extiende sobre el arco de la fachada lateral de la Iglesia del Señor de las Maravillas, a la subida de las escaleras que conducen al atrio del siglo XVI...

A un lado, en la grabadora, la soprano, el tenor, el bajo, la contralto entonan el "Réquiem": "Jesús, Jesús... sálvanos..." Mozart y su "Réquiem"; las filigranas platerescas del atrio y de la fachada; al XVI y el XVIII diluidos; perdidos, esfumados, meros jirones del pasado en medio del caos actual que arrasa con la memoria histórica: Nínive, Ur de los Caldeos, el recuerdo de los jardines Colgantes de Babilonia. En la pantalla del televisor del Hotel Darling —repleto en este puente del 5 de febrero de comerciantes de allá, de por el rumbo de La Lagunilla y Correo Mayor; de norteamericanos en su cura anual de aguas termales y masajes— Bush tonante (que no Júpiter) declara, y remacha: "Our cause is just; our cause is moral; our cause is right." Los "marines" con las máscaras antigases puestas se lanzan a la blanca profundidad del desierto; los niños iraquíes mueren en clínicas abandonadas y paupérrimas; Saddam Hussein, tenso, controlado, cauto, como un tigre a punto de saltar sobre la presa, contesta las preguntas angustiadas y titubeantes de Peter Arnett; una mujer saudita increpa con rabia al invisible enemigo que ha dejado su casa reducida a escombros; los rostros golpeados, tumefactos de los pilotos apresados por Iraq, que la cadena CNN exhibe una y otra vez, son como para ilustrar la Historia Universal de la Infamia. En la pantalla televisiva, la guerra se despliega en todo su esplendor.

Los campos que rodean Ayotlán se antojan, de repente, secos, amarillos, empobrecidos. Y nosotros, todos, nos sentimos pesimistas. Es común denominador de las familias de Ayotlán tener a algún pariente en Estados Unidos en calidad de trabajador inmigrante. Los que en Navidad, hace un mes apenas, tripulaban coches apantalladores, con placas americanas. Casi todos han regresado a Estados Unidos. Sorprendente que lo hayan hecho en plena guerra. "Es que piensan que van a ganar dinero si van al Pérsico, comenta Esther, cuyo hermano vive en

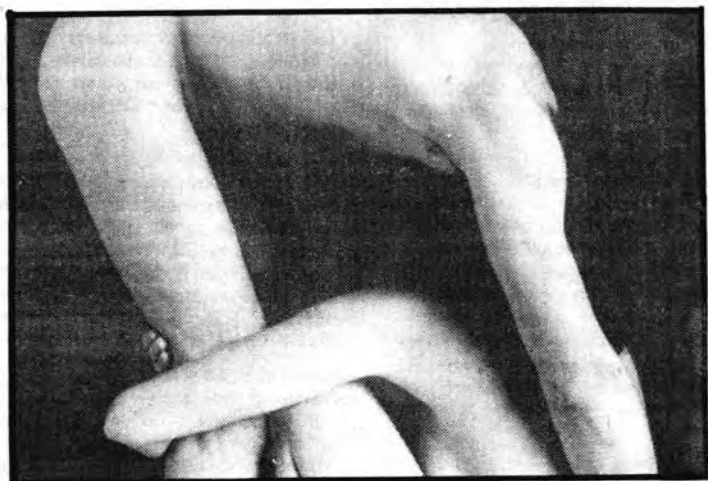
Ocean Side, en California. "Ayer me habló por teléfono. Me dijo que se quedará hasta cuando lo tenía previsto. No sé si hablaba en serio, porque se reía, es muy bromista..." "¿Y los que se regresaron a México cuando estalló el conflicto?" "Casi todos han vuelto a EU... Como que no lo toman en serio, como que no les importa..." En cambio, los que se quedaron aquí, los parientes, las familias, están permanentemente alertas, se han concientizado, esperando noticias, aguardando los periódicos que llegan de México y que se acaban en un abrir y cerrar de ojos. Sorprende escuchar vaticinios y apuestas sobre la estrategia del Golfo en la pequeña farmacia adonde la gente acude a hacer llamadas de larga distancia (en Ayotlán, tienen teléfono en su casa). Sorprende escuchar a las marchantas que venden tomates, cebollas y calabacitas, hablar de la guerra en tono de preocupación, comentar el noticiario de anoche, y rematar diciendo: "Parece que la guerra está peor, que se va a alargar..." Y sin embargo, el hijo, el hermano, el sobrino, se niega a regresar a México porque aquí no hay expectativas de progreso, porque el salario mínimo no alcanza para vivir: porque el médico, el maestro rural, nunca van a poder construir una casa, comprarse un coche con los sueldos de miseria de la SEP y del IMSS; porque solamente dos de los muchísimos hoteles y restaurantes de este lugar que vive del turismo, pagan el salario mínimo a sus empleados; porque los y las masajistas, cuyo trabajo rinde frutos óptimos a los propietarios del principal balneario, se matan dando de 12 a 16 masajes diarios por unos cuantos pesos... Por eso —porque el cultivo de la cebolla es impredecible y traicionero; porque los que la siembran caen frecuentemente en quiebra; porque no hay créditos suficientes en los bancos; porque no se puede sostener a una familia de nada más vender aguacates, limas y chirimoyas frente al Hotel Darling— los hombres de Ayotlán se van a Estados Unidos, se van al Pérsico con la eterna risa burlona del mexicano en los labios, reto de siempre a la muerte.

La sombra de Virgilio ha desaparecido de los campos; los montes se oscurecen sin que nadie lo note, y en cada casa, frente al televisor que espanta malas noticias, la gente de Ayotlán murmura: "¡Señor, libranos del horror de la guerra!"

POEMA

José Antonio Cedrón

Las sombras de las torres suelen verlos
correr en otra piel
ensuciarse la boca con el viento
esa mancha los busca
empeñada en el aire de una mujer y un hombre
volteados al pasado
abraza soledades de cuando ellos soñaban
el año del Dragón en su equinoccio.
Inesperados, previsibles
se obligan uno al otro recuerdos de ceguera
que la memoria olvida, pero intuye que tuvo.
El país que fueron duda de sus vidas.
Y nunca sabrán cómo siempre acaban perdidos
abajo de esas piedras de la noche.



PIERRE KLOSSOWSKI O LA SOBERANÍA VACÍA DEL SIGNO

Alberto Constante

Wittgenstein, en su *Philosophische Untersuchungen* advertía a la filosofía como "una batalla contra el embrujamiento de nuestra inteligencia por medio del lenguaje"; Mallarmé, más profundamente que ningún otro poeta, concibió el lenguaje no como sistema de expresión útil y cómodo intermediario para el que desea comprender y ser comprendido, sino como una potencia de transformación y de creación, nacida para crear enigmas más que para aclararlos; Ciorán, por su parte, considera que "el escepticismo es un ejercicio de desfascinación"; "embrujo", "enigma", "fascinación", las palabras son sin duda, ese canto de sirenas que resuena dentro y contra el que nada puede la famosa astucia de Ulises. O quizá el sueño de Mallarmé, un libro lleno de realidad y de secreto, impenetrable y claro, ordenado de un modo visible e irónicamente escondido al mundo, el equivalente de un enigma mortal de un desesperante silencio.

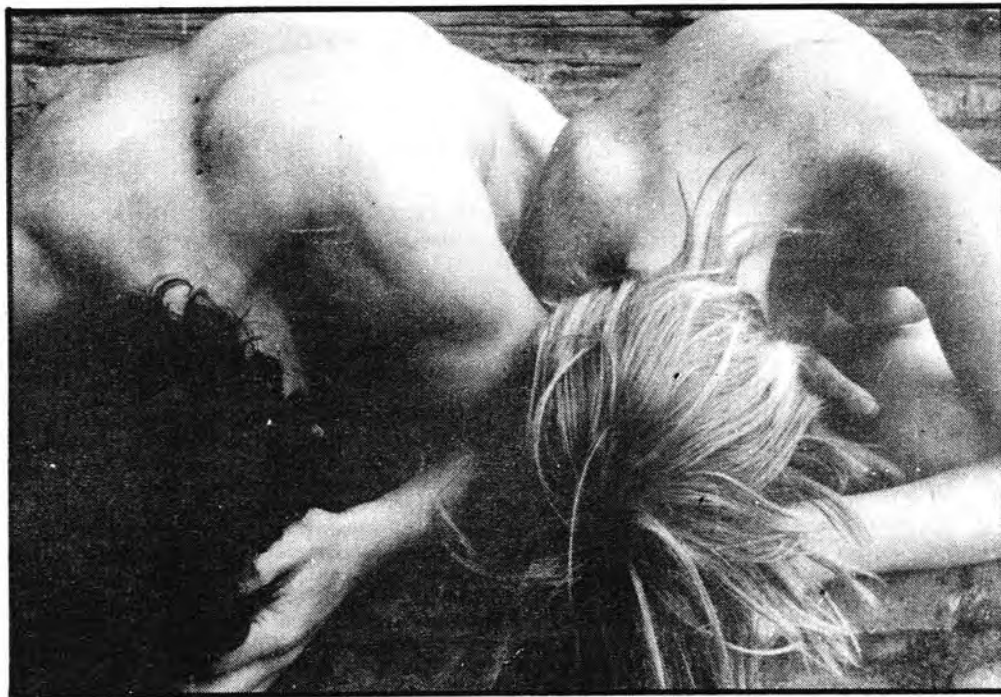
Hechizados por las voces, encantados con y por las palabras, que nos obligan a aceptar la estructura mixtificadora del mundo y de un sujeto que se enmascara y mutila al enunciarse, "El lenguaje es un cómplice perfecto en el avance del error", como enuncia Rifflet-Lemaire ya que: "el lenguaje, destinado en su función principal a la circunscripción del individuo y a la expresión exacta de ésta, acaba por ser el medio que utiliza el sujeto para reprimir sus insuficiencias, sus fracasos y las frustraciones reiteradas que jalonan su historia".

Nos desplazamos entonces a través del juego de cajas chinas que forman los discursos cerrados, incluidos unos dentro de otros, tratando en cada caso de alcanzar el exterior del lenguaje que nos aprisiona y nos niega incluso la decidibilidad de una posible salida; cuando finalmente la alcanzamos, al encontrar por nuestro empeño crítico la fisura en el sistema pretendidamente inconsútil, respiramos por poco tiempo el fresco aire de la liberación, pues lo que nos revela es el signo, quizá fruto indeseado del esfuerzo crítico.

Este signo, el más extraño, no significa otra cosa que él mismo. Signo que se puede llamar arbitrario, misterioso, secreto, como un punto vivo que expresaría y afirmaría la vida energética del pensamiento reducida a la unidad misma de ese punto. Suerte de intensa coherencia por relación a lo cual la vida cotidiana se convierte dentro y fuera en el ámbito de una incoherencia insuperable. Y el signo mismo no tiene garantía. Quizá incluso sea ya demasiado ver en él la huella de un pensamiento en su punto único de coherencia y de intensidad. De esta forma, le acontece a alguien ser investido por un tal signo hasta el punto de ser reducido a la exigencia única de ese signo intenso cuya pura intensidad retorna sobre ella misma, como en un círculo vicioso: *Roberte, Roberte ce soir*.

Pierre Klossowski explica este proceso, esta decantación, este desenlace en las páginas más dramáticas que una escritura abstracta pueda darnos a leer hoy. Pero en este punto, no existe nada nuevo, a su manera, cada escritor se adentra siempre en el desierto de esta experiencia, que es la de un hombre encerrado en un círculo trazado en torno suyo; un círculo mágico y gnóstico, lleno de signos y símbolos, alquímico como el extraído de la Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto, o, más bien, una ausencia de círculo, la ruptura de esa vasta circunferencia de donde nos vienen las irónicas carcajadas de los días y de las noches, la absurda soledad, la incomunicación total y el desamparo del amor.

El signo de Pierre Klossowski, más bien, ese signo único llamado *Roberte* en el que se designa el pensamiento y al que éste designa, arbitrariamente, como su perfecta coherencia, resulta que exige su divulgación, su obscenidad expuesta, su indiferencia manifiesta: porque no es posible vivir sin locura en la relación única con un signo único; pero, al mismo tiempo, él, que es arbitrario en el más alto grado, sin



garantía y rechazando toda garantía, hace brillar como incoherente y como *mania* toda la vida que no se someta a su suprema coherencia.

La locura amenaza por ambos lados, ya lo señalaba Ciorán: "el pensamiento es destrucción en su esencia. Más exactamente, en su principio. Se piensa, se comienza a pensar, para romper las ligaduras, disolver las afinidades, comprometer la armazón de lo 'real'. Sólo después, cuando el trabajo de zapa está muy avanzado, el pensamiento se domina y se surge contra su movimiento natural".

Quizá sea aquella *mania divina* de la que nos habla Platón en el *Fedro*, aquella herida de Apolo que padeció Hölderlin o aquel cielo oscurecido de Nietzsche del cual se regocijaban los dioses. En cualquier caso esta *mania* está dada por adelantada en la *soberanía vacía del signo*, ese movimiento de intensidad que vuelve siempre sobre sí mismo, como a él vuelve el círculo trazado por la escritura.

El delirio es, sin duda, inevitable, como inevitable es el compromiso; es decir, una cierta impostura. El signo, cuya soberanía intensa y vacía ha devastado y saqueado la memoria, se denuncia, un día, en la sencillez impúdica y desnuda de un nombre: *Roberte*. También el nombre es único, es silencioso, no entrega nada más que a él mismo; es el signo denunciándose en el puro silencio de su coherencia. Sin embargo, el movimiento ya es malicioso. La malicia consiste en que, en adelante, en tanto que nombre, el signo responde a una fisonomía que le es exterior: rostro a su vez silencioso, gran mapa borgiano que

no dirá, paradójicamente nada e, incluso, dejándose ver de la manera más obscena y provocadora, seguirá perteneciendo a la soberana visibilidad del signo. Nombre sin historias, gran figura muda, siempre dada en el olvido de las palabras y de las historias con las que, sin embargo, parece estar de acuerdo cuando ella a su vez se convierte en un retrato del propio Klossowski o de Balthus, acompañado de otras figuras. Un relato poblado de acontecimientos, de datos, de fechas, de otros nombres suaves y lánguidos como *lene* y destinados a enseñarnos uno a modo de lección, lección que a su vez se afirma en la institución de una costumbre como en *Les Lois de l'hospitalité*.

La complejidad de la intriga, la complicación, los laberintos concéntricos, la yuxtaposición de los tiempos parecen ser, todos a su vez, la ley secreta de los relatos de Pierre Klossowski; todo ello se nos muestra como una suerte de contrapartida a la absoluta desnudez del signo que no es más que intensidad, intensidad que exige ser desvelada sólo de una forma invertida, es decir, por medio de las vicisitudes del rodeo, para devastar la memoria, para crear allí el vacío, resquebrajando toda identidad, toda unidad, toda coherencia de una razón ilustrada.

Pierre Klossowski parece mantenerse en una zona de exclusión, en un ámbito cercado por regiones agitados por la violencia de tres discursos extraños que asedian, disputan esa zona desde la cual se muestran: el discurso nietzscheano, el sádico y el más perverso de todos, el discurso teológico. Los

tres se rechazan porque son extraños a sí mismos, se disputan esa zona de exclusión, quieren perseverar por encima de sí mismos, agotar el lenguaje para decirlo todo y así anular la prohibición, resucitarla en un entredécir como la ruptura de la interrupción, adonde se accede más que aquel que no se interrumpe nunca de hablar.

Pierre Klossowski, en *La vocation suspendue*, ya señalaba que el novelista cristiano tiene como tarea mucho más contrariar los caminos imprevisibles del Señor que imaginarlos —si bien no debe ser fácil tampoco contrariar lo imprevisible aunque fuera exponiéndolo *au contraire*—. Quizá entonces más valdría confiar en el azar, el verdadero, el misterioso azar. Resulta tentador que invirtiendo el discurso, pedir a la violencia de un lenguaje provocador los recursos o los poderes capaces de hacer acallar en nosotros lo que habla vanamente porque ¿no es el sacrilegio lo que siempre confirma lo sagrado? Y la transgresión ¿no es la relación más profundamente exacta, relación de pasión y de vida, con la prohibición, a la que no cesa de plantear y de suponer como un contacto en que la carne se hace peligrosamente espíritu? Quizá entonces podamos decir que Sade es un teólogo importante, el único teólogo, por su imposibilidad misma de ser Sade, pues ¿cómo ser el absoluto negador de Dios, el ateo fundamental, sin ser igualmente, por virtud de la inversión, el afirmador de un absoluto aún más venerable?

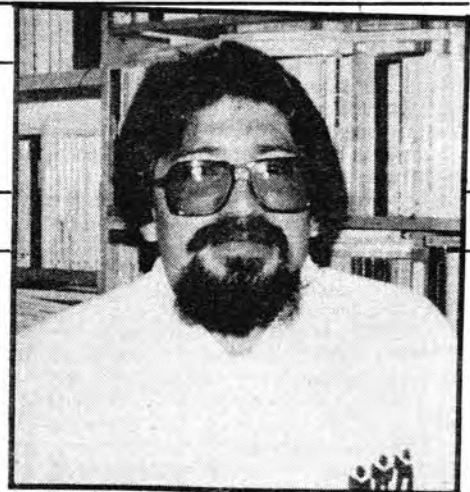
Dar la vuelta al discurso, invertirlo, revocarlo y decir que si la transgresión exige la prohibición, lo sagrado exige el sacrilegio, de forma que lo sagrado, que en puridad no es confirmado, más que por la palabra impura del blasfemo, no dejará de estar indisolublemente unido a un poder siempre capaz de transgresión. Pero ¿dónde está lo sagrado, dónde está el sacrilegio, si son no sólo indisolubles, sino indiferentes hasta en la intensidad de su diferencia? Quizá lo único que nos queda sea comprender que la transgresión, el rebasamiento del límite irrefasable, no es una posibilidad sólo más difícil que otras, sino designa lo que estando radicalmente fuera de nuestro alcance, no se abre al hombre más que cuando en éste la potencia o el dominio personales dejan de ser la dimensión última: *La Chute*, la caída, el vacío, el simple sacrilegio por el que los dioses oscurecen los cielos: la locura.

Pero aquí, en los relatos de Klossowski, en sus inversiones fascinantes, en esa sintaxis endemoniada donde las mutaciones no cesan y que revuelven, inflexionan y apasionan es precisamente donde el rostro de *Roberte* se nos muestra en la multiplicación de lo idéntico, donde *Roberte* se repite hasta el punto que nos es preciso vivir en lo sucesivo como Théodore, en medio de una intriga que se desdobra y crece, pues la locura no es entonces la de los cielos oscurecidos sino la de la teología. La teología se vuelve loca y vuelve loco, en cuanto se aplica, como saber de lo absoluto, a un dominio que no es el suyo, todo, sin embargo, mantenido por su relación con la coherencia del signo único cuya violencia silenciosa se revela tras el nombre de *Roberte*.

Poesía joven de México

IMAGENES DE JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Hernán Lavín Cerda



Juan Domingo Argüelles

Para el diccionario Larousse, la *cuija* es una lagartija pequeña y delgada. Para Juan Domingo Argüelles, en cambio, la *cuija* es una visión interminable, una fosforescencia, un cuerpo transparente que palpita en la memoria, el soplo en miniatura de algún saurio muy antiguo, un reptil casi materno, un milagro de la naturaleza para que su hija, Claudina, jamás olvide la respiración de las cuijas en el techo de la casa tropical, en Villahermosa (Allende 434, interior 6), allá en Tabasco.

Alguna vez escuché el relato de Argüelles sobre aquellos reptiles y descubrí que su voz era la otra, la de cada día pero siempre la otra: la del poeta que nunca dejará de serlo, *la otra voz*. Habló con una viveza y un sentimiento casi infantil; puso en imágenes táctiles el sonido y el sentido, a través de una urdimbre concreta. Hay algo de taoísmo en sus percepciones: el poderoso mar puede convivir con la fragilidad de la minúscula hoja de árbol. Lo aparentemente débil es tan profundo y lleno de potencia como puede ser débil, en un instante preciso, el poderío del mar.

En las escrituras de Juan Domingo Argüelles (nacido en Chetumal, Quintana Roo, en 1958), los seres humanos, los otros animales, los vegetales y minerales, junto al aire, el agua, la piedra, el fuego y los utensilios creados por la imaginación del hombre, todo, casi todo aparece palpitando al borde de la epifanía. Poesía fecunda y fecundante la suya; religiosa en el más amplio sentido: un cántico a media voz, así lo creo, con la precisión y perspicacia del niño que se asombra, diariamente, cuando por la mañana despierta el mundo.

Ahora recuerdo que se presentó su libro *Como el mar que regresa* (bella edición de la Universidad Veracruzana, 1990) en el Museo Nacional de Arte, el pasado 2 de mayo. Participaron Nedda G. de Anhalt, Marco Tulio Aguilera Garramuño, y Efraín Bartolomé. Al término de la mesa redonda, y antes de ofrecer una lectura de su obra poética, Argüelles se refirió al fenómeno de la poesía. Dijo textualmente: "Creo que el poeta escribe para no morir. Hace algunos años, yo pensaba que se escribía con cono-

cimiento. Hoy pienso que el mundo precisa más de la belleza que de la idea. Se me viene a la memoria una frase del poeta peruano Antonio Cisneros, que suscribo totalmente: *La poesía se escribe en estado de gracia*." También comparto el juicio de Cisneros (me parece estarlo viendo, a la distancia —otoño de 1969— en nuestra casa verde de la calle Asunción, en Santiago de Chile. Era casi tan flaco como Agustín Lara): sólo podríamos agregar que la desgracia, incluso, debe escribirse en estado de gracia. De otro modo, es posible que la poesía no aparezca por ninguna parte.

Pudiera decirse mucho más sobre el arte de Juan Domingo Argüelles, pero es preferible que sus poemas nos hablen desde el fondo. De Chetumal vino Juan Domingo, hace varios años, cuando aún era un niño (nunca dejará de serlo), y sus obras de poesía, de crítica, de ensayo, así como sus entrevistas, enriquecen el panorama cultural de México. A continuación ofrecemos algunos de sus textos:

1. LA VIDA

Vale la pena el mundo;
sus rencores, sus iras, sus canciones;
nosotros nos morimos y le damos sentido,
lo hacemos navegable con nuestros hijos,
lo llenamos de aromas, de cieno, de basura,
lo llenamos de amor, de piedad, de esas cosas
que la vida nos da y la vida nos quita.

2. OSADIA DEL FUEGO

Recolectó ramitas
y las puso a quemar
sobre la hierba verde.
Subió después al cerro
y desde allí miró la pira.
Cortó en dos la mañana
y de un bocado se engulló el horizonte.
Las vacas que pastaban
y echaban humo indiferentemente

(belfos de luz, babaza cristalina)
han huido hacia un sitio más seguro.
Hierve la hierba
y el aroma a pino
llena su voz que canta
con el oficio antiguo
de hacedor de catástrofes.
Lleva también un libro pero no lo abre;
demasiada es la luz de la mañana
así está bien.
Ya viene el guardabosques;
con un hisopo forestal apaga
la osadía del fuego.
El hacedor contempla esa justicia.
Huele a cocote el camino
y el incendiario vuelve a casa;
ha quemado la parte del mundo que era suya
y hasta parece joven silbando una canción.

3. POEMA 67 DE CAVAFIS

Si vuelvo a aquel lugar que antes amaba
nada esperes igual, ni siquiera mis manos;
que los años no pasan, se quedan para siempre
y el cuerpo es el recuerdo de la luz que bebí.
Y por lo que recuerda el cuerpo sabe
que lluvia, viento y sol no golpearon en vano
y que el mundo amanece y ves su cielo cierto
y sus nubes verídicas atravesando el mar.
Por eso si regreso a ese sitio que amaba
digo al cuerpo que entonces recuerde su pasado
y goce una vez más las dádivas del mundo.

1492-1992
La interminable
Conquista

ENSAYOS
Gioconda Belli • Miguel Bonasso
Tomás Borge • Luis Cardoza y Aragón
Pedro Casaldáliga • Agustín Cueva • Rubén Dri
Enrique Dussel • Roberto García
Pablo González Casanova • Ruy Mauro Marini
Rafael Murillo-Selva • Adolfo Pérez Esquivel
Rafael Sánchez Ferlosio

ENTREVISTAS
J. Enrique Adoum • Noam Chomsky
Rigobeta Menchú • Mario Vargas Llosa

POEMAS Y CANTARES
Rigobeta Menchú • Alejo Carpentier
Silvio Rodríguez

OBRA GRÁFICA
Apebas • Eko • Galo Galecio • Manrique
Mercader • Naranjo • Sendra

JOAQUÍN MORTIZ

LA HISTORIA LATINOAMERICANA EN HUNGRÍA

Marco Antonio Campos entrevista a Adam Anderle

Adam Anderle es sin duda el historiador húngaro que más se ha preocupado por la divulgación de la historia latinoamericana en Hungría, su país, tanto en su amplia obra como en el estudio y en la investigación a través de la Cátedra y los centros de estudio. En 1982 fundó el Centro de Estudios Históricos para América Latina, en la Universidad de Széged, del que es director. El antecedente más directo del Centro fue la Cátedra de Historia Medieval y Moderna que inició y desarrolló en la misma universidad el notable historiador Tibor Wittman, entre 1967 y 1972. En la entrevista hemos querido que Anderle nos hable a grandes rasgos del Centro y de su trabajo personal.



análisis comparativo. Para comprendernos mejor hay que buscar coincidencias y correspondencias, aun si éstas son negativas.

— ¿La idea del Centro de Estudios existía ya con Tibor Wittman?

— No existía el Centro con él. Había la Cátedra. Wittman tenía una ambición más grande. Quería fundar un Instituto de América Latina, como el que existió en la antigua RDA, donde era posible estudiar historia, etnografía, literatura, lenguas... Pero en los años que tuvo la cátedra (1967-1972) no hubo la posibilidad de lograrlo. Después de su muerte en el 1972, nos dimos cuenta que, dadas las condiciones en nuestro país, sólo era viable continuar con los estudios históricos, con la idea de que otros investigadores húngaros pudiesen fundar en otras ciudades sus propios Centros. Por ejemplo, en Budapest existe un Centro de Etnografía y Antropología Cultural para América Latina.

— ¿Y cuál es el sentido de este Centro?

— Sigo el criterio de Wittman. El tenía la convicción de que Hungría, o mejor, todos los países del Este europeo, tienen parecidos rasgos de subdesarrollo con América Latina y otros países del Tercer Mundo. El ambicionaba hacer investigaciones comparativas entre América Latina, la península ibérica, Europa del Este y Asia. Por eso, creo, existe una empatía entre ustedes y nosotros que, por ejemplo, no podríamos tener con un estadounidense, un inglés o un alemán. En mi último libro —lo han hecho asimismo otros investigadores— pongo énfasis en este

— ¿Por qué el interés en América Latina? ¿Cómo se da esto?

— Los años '60 fueron una década en que se buscó en mi país romper con el húngarocentrismo, aunque, cierto, esto fue más notable en ciertas áreas. El problema no sólo era de índole cultural, sino también en otros, como el de la cooperación económica. No se tenía mucha sensibilidad para comprender la mentalidad de los países del llamado Tercer Mundo, especialmente los del mundo árabe. Por eso en Budapest se fundó el Centro de Etnografía y de Antropología Cultural para América Latina del que le hablaba.

— Los investigadores que tiene a su cargo ¿todos se encargan de investigaciones sobre América Latina?

— Hay cinco investigadores. Una de ellas estudia España, los demás América Latina. Por el momento se abocan a un tema concreto: la emigración húngara hacia América Latina.

— Además de las investigaciones y las clases ¿qué otras actividades lleva a cabo el Centro?

— Organizamos congresos y coloquios. Desde el período de Tibor Wittman teníamos coloquios cada dos años. Los temas varían y son siempre actuales. En su momento lo fue la revolución cubana o la revolución sandinista, o por otro lado, los aniversarios de Bolívar o Mariátegui.

El Centro ha publicado alrededor de 12 libros. Esto sólo se puede hacer a partir de 1982; en el período de Wittman no se publicó. Por falta de mayores recursos hemos debido hacerlo en coediciones o con apoyo de fundaciones.

Publicamos asimismo Anuarios: uno en español y otro en húngaro. Hasta ahora se han editado 14. De ellos, desde que soy director del Centro, han sido nueve.

— ¿Tienen las universidades recursos para ediciones?

— Sí, pero la inflación nos paraliza un poco, como sucedió con el último Anuario. Su costo fue de 60 mil forintos, o sea, unos mil 800 dólares. La universidad, para la edición, sólo dio 30 mil. Para nosotros nunca ha sido fácil publicar. Hemos debido apoyarnos en fundaciones.

— ¿Qué tipos de fundaciones hay en Hungría para estos casos?

— Dos: privadas y estatales. Hay una gran fundación para investigaciones generales (Fondo Nacional de Investigaciones Científicas) y otro para el estudio de la vida húngara, no sólo en mi país, sino en otros —por ejemplo, Yugoslavia y Rumania— y la emigración (Fondo Nacional de Investigaciones Hungarológicas).

Hay también una fundación pequeña, de un húngaro judío que emigró a México y ganó mucho dinero. Apoya las investigaciones sobre América Latina. El también nos ha financiado.

Hay aún una fundación muy grande, de un húngaro que vive en Estados Unidos, y que es mayor que la fundación estatal. Me gusta el sistema que sigue. Es decir, sólo se apoya económicamente si hay buenos temas, prestigio científico y se tiene una obra firme. En cambio, en el anterior régimen, cada cátedra recibía dinero indiscriminadamente, sin cuidar quién trabajaba y quién no. Por eso aquí en la universidad, la otra cátedra histórica, no recibe casi ningún forinto, porque no hay resultados ni proposiciones concretas.

— Y usted ¿cómo se dio su gusto por lo latinoamericano?

— Data de principios de los '60. Eran los años de el triunfo de la revolución cubana y de las guerrillas

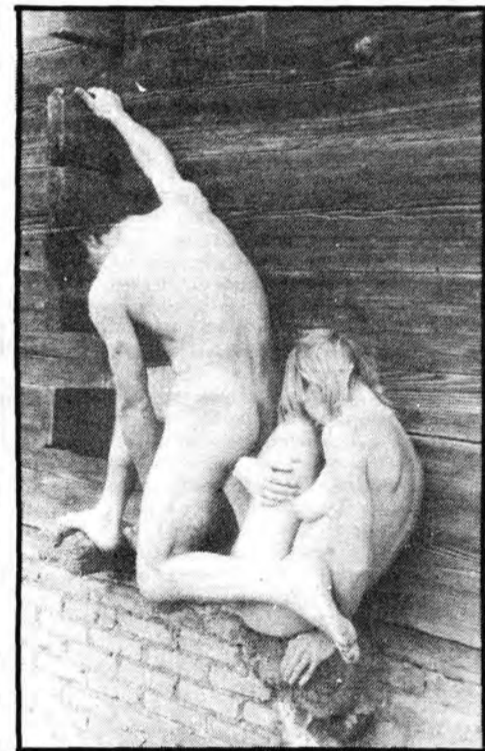
latinoamericanas. Yo vivía por ese entonces en Pech, mi ciudad natal. Wittman me escribió. Había leído un libro ruso sobre Mariátegui y me propuso investigar el tema: APRA, Mariátegui y el comunismo —por demás dudoso— de éste. Traduje el libro ese verano.

Luego de la muerte de Wittman en 1972, recibí dos becas: una para Cuba (1971-1973) y otra para el Perú. En Cuba estudié el APRA cubano, un asunto que ni los mismos peruanos conocían. Y edité en español un pequeño libro sobre él (*Comunistas y apristas en Cuba*), que reeditaron en Caracas sin mi permiso, lo que me dio mucho gusto y lo recibí como un honor.

Después estuve becado en Perú y escribí *Los movimientos políticos en Perú*. Amplié luego mi espectro y me puse a escribir *Historia del movimiento obrero en América Latina*. En él trataba de responderme dos preguntas muy simples: ¿Por qué los partidos comunistas no tenían éxito en América Latina? ¿Por qué ganaban los partidos populistas? En el Perú, concretamente, APRA y Mariátegui son modelo vivo de esta problemática. Al terminar de redactar el libro llegué a la conclusión de que no tenía respuesta.

Me puse entonces a investigar la formación de la nación y la identidad latinoamericanas para mi libro *Conciencia nacional y continentalismo en América Latina*. Después de 10 años terminé con la disertación del doctorado y entendí que los partidos populistas estaban en la misma raíz de la formación nacional. Como una extensión necesaria me puse a estudiar España y analicé temas concretos. Publiqué algunos pequeños libros como *España dividida*, que versa sobre las distintas nacionalidades y el panhispanismo contra el panlatinoamericanismo.

Lo latinoamericano siempre está presente en lo que yo hago.



EL BAUL DE LOS CADAVERES

Ignacio Padilla

• Rafael Alberti, último representante vivo de los poetas del 27, recibió en diciembre, al cumplir 88 años, varios homenajes. Lectores, críticos españoles y poetas iberoamericanos lo aplaudieron mientras él, les dedicaba una mirada atenta y descreída al caudal de honores y estudios aparecidos en torno a su obra y a la de los poetas de su grupo. De la mítica aventura juvenil no le puede quedar nostalgia. Quien ha perdido los paraísos —declaró en alguna ocasión— sólo sabe superarlos en la luz intrépida, en el paisaje azul de su memoria. "Yo la poesía", dice Alberti, "después de tantas cosas, después de tanto tiempo, no puedo encajarla en nada. Siempre he sentido la inquietud por las nuevas posibilidades. Los poetas del 27 respondíamos al entusiasmo por la creación de imágenes. Yo hice en *Sobre los ángeles* una naturaleza distinta, subterránea". Y más adelante: "Siempre concebí mi poesía y la de casi todos los poetas de mi grupo, como algo muy cerca de la gente, muy llena de conflictos humanos, amorosos." Y así, recordando el modelo de Juan Ramón Jiménez e incapaz de encajar la poesía en nada pero encontrándola en todo —"desde una porquería pisada hasta las estrellas"— Alberti recibe sus homenajes y calla luego ante la eufórica multitud que se reúne para él en la misteriosa Bahía de Cádiz.

• Vasco Pratolini murió hace unas cuantas semanas, pero hace años que el mundo olvidó sus novelas. Pratolini fue uno de los más notorios y prolíficos novelistas durante las décadas de los 50 y los 60, muy traducido al español por el argentino Manuel Vázquez. El español Juan García Hortelano, uno de los escritores que mayor contacto ha tenido con la prosa italiana, sale en defensa de Pratolini y se opone a aquellos que lo criticaron de tener una narrativa aparentemente cinematográfica. "Me asombró cuando la fúnebre noticia me condujo frente al oportuno estante de la biblioteca, cuántos libros lei de Pratolini, cuánto he olvidado sus famosísimas *Cronaca Familiare* y cómo es posible que todavía recuerdo *Lo scialo*. Pratolini, que llegó a publicar dos novelas en un mismo año, llevaba los 10 últimos trabajando en una, probablemente la que más deseé escribir, como es frecuente en el oficio. Motivado por el recuerdo de este autor, García Hortelano trata de recobrar aquella Roma donde lo conoció. "Por aquellos años abundaban los pavesianos entusiastas, y aunque nunca me entusiasmé su obra narrativa, la vida de Pavese me fascinaba tanto que todavía hoy releo *Il mestiere di vivere* y lo tengo como modelo de mi diario". Y, siguiendo su viaje, evoca el recuerdo de Italo Calvino y Elio Vittorini, personajes de una época en que Italia desalojaba a Francia. "Carlos Barral había italianizado Formentor, Barcelona y Calafell, y algunos escritores latinoamericanos, pasada la *coquelucha* parisiense, elegían vivir al pie del Tibidabo... Los tiempos, aunque lo ignorásemos, estaban cambiando".

• Vladimir Nabokov, nacido en San Petersburgo, cursó estudios en Cambridge a partir de 1919. Meses antes, su familia había abandonado Crimea. El joven estudiante publicó entonces un pequeño ensayo, *Cambridge en la revista Rouf*, que



su padre, Vladimir Dimitrievich Nabokov, había fundado en Berlín. *Cambridge* apareció en dicha revista el 28 de octubre de 1919 y desde entonces no se había vuelto a publicar. *El País* sacó este ensayo a la luz hace unas semanas, y, aunque imperfecto, el texto nos permite conocer al primer Nabokov, un escritor romántico que se iniciaba ya en la ironía que más adelante habría de caracterizarlo. En el texto, el joven Nabokov habla de su nostalgia por la Rusia de la infancia y la confronta con su educación británica. Desolado, atrapado desde entonces entre dos lenguas y dos mundos irrecusables e inolvidables, Nabokov sale de su crisálida de mariposa gigante, no sin antes aceptar el abandono: "Y mirando el agua tranquila donde florecen sutiles reflejos —como un dibujo sobre porcelana—, pienso, en una forma cada vez más profunda, en muchas cosas, en las extrañezas del destino, en mi país y en el hecho de que los mejores recuerdos envejecen día tras día, y no tengo por el momento nada para sustituirlos".

• Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y algunos de los mejores nombres de la literatura en español, acaban de galardonar al novelista extremeño Antonio Gabriel y Galán con el Premio Caranza de novela. *Muchos años después* (de próxima publicación en la editorial Alfaguara), narra el declive de las ideologías y el deseo de que en breve se llamen de otra forma. Narrador hasta ahora minoritario, Gabriel y Galán se acerca ahora al público con una novela existencial y política. No es éste el caso de un triunfador fulgurante, sino más bien la trayectoria de un escritor forjado con pasos cortos y seguros. "Lo que sí puedo decir es que cada libro que he publicado ha sido superior al anterior, y esto es lo que solidifica una carrera literaria." El escritor confiesa que siempre fue "un poco *gafe* con esto de los premios", y había comenzado a perder la fe en los certámenes literarios. Pero lo que más lo indujo a presentarse en esta ocasión fue el elenco de personalidades literarias que constituyeron el jurado: García Márquez, Carlos Fuentes, Roa Bastos, Uslar Pietri y Torrente Ballester. "Yo sabía que en estos momentos necesitaba un premio, como también sabía que tenía entre manos una buena novela, porque uno, a ciertas edades, sabe distinguir el trigo de la paja en el tema literario."

RESABIOS

Oscar Wong

Para Rosario Bañuelos
A Evodio Escalante

Mientras las horas nos hablan de los muertos los niños crecen.
Entonces, ¿qué putas puede hacer el Poeta si lo puede todo y no hace más que mirar y mirar?

Ahí va este verso tarumbeando.
Ahí va la araña rencorosa ignorando al sol.
Ahí va el sol erguido, con sus espolones de gallo.
"Alto grito amarillo" me sacude cuando la inteligencia devasta, quema: desolación en llamas.

Yo también me celebro y me canto en la bruñida terquedad de los espejos.
Yo también soy la garganta de la luz reverberando en la cañada.
(El hombre se despierta en el olvido como orquídea tronchada por la ira.)

El cuento de sábado

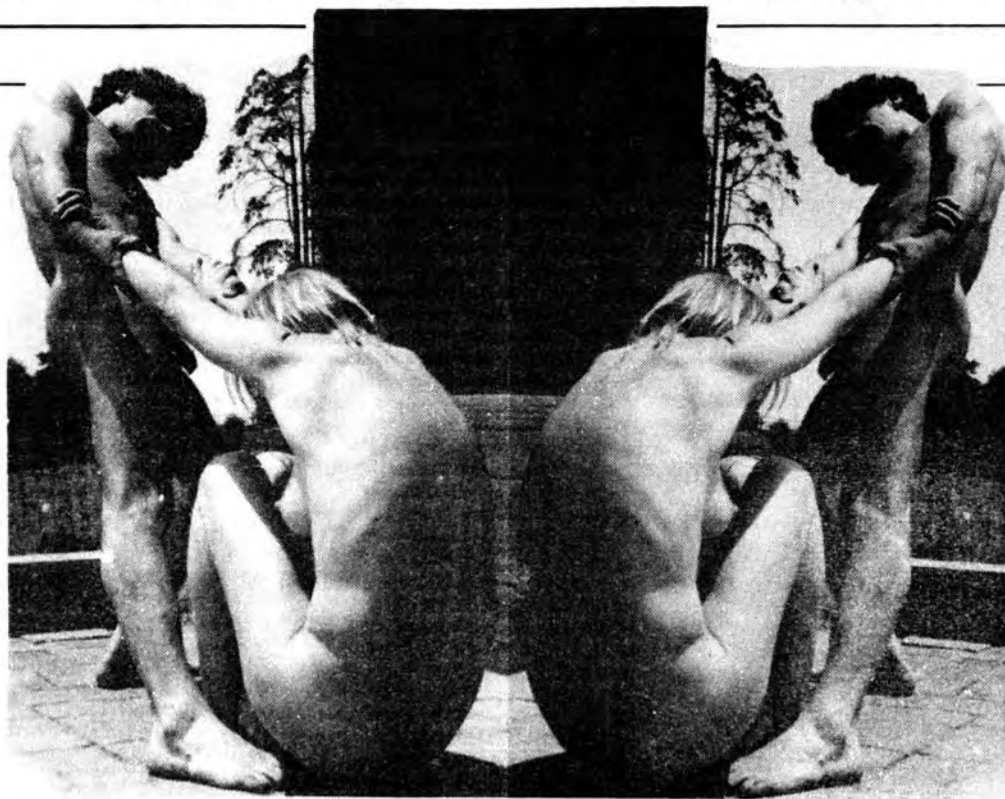
PEQUEÑA GUIA PROFESIONAL PARA MUJERES IDIOTAS

Xavier Velasco

I. Hace tres meses conoci a la mujer más estúpida de mi vida. La exageración no es mía; es suya. Para dar por una vez la razón a esos tipos que suelen pasar su vida copulando con monstruos repelentes y hediondos con el pretexto de que todas las bonitas son estúpidas, se trataba de una mujer caníjamente bella.

Al principio, un tanto hechizado por los abismos marinos de sus iris, me dije: lo que pasa es que es tímida. Los días se sucedieron y yo fui reuniendo razones para la inexplicable opacidad de su conducta. Le pregunté su edad y pensé: claro, tiene 18 añitos. Como si tener 18 años, la edad en que los puros se suicidan, fuese condición propicia para la idiotez.

La mujer, que trabajaba y sigue trabajando muy cerca de mí, no hacía otra cosa que maquillarse y desmaquillarse constantemente, en un devoto y fidelísimo a San Max Factor. Traté un mínimo de 15 veces de iniciar una conversación con ella, y el problema es que en ninguna de esas ocasiones fracasé. Efectivamente, hablamos. Lo suficiente para descubrir que esta chica no era un prospecto idóneo para digamos, el ajedrez. Imposible imaginársela de ingeniera nuclear o de cardióloga. Por lo demás nunca le sale una suma, no sabe cómo preparar su propio café, cómo tomar el más sencillo de los recados, cómo encontrar un apellido en el directorio ni cómo sacar una fotostática. Tampoco es posible predecir que un día pueda aprender a realizar cualquiera de estas actividades.



tas. La razón está en que a mí las tontitas jamás han podido parecerme mínimamente voluptuosas, estén como estén. De modo que, una vez que te pusiste a hablar con una mujer zonga y estás frío como el paciente de un forense, no te queda más que oír y pensar muy constructivamente, junto a los burócratas y los ejecutivos que organizan importantes tertulias poéticas y sonadas exposiciones de manzanitas en gouache, que las babas son también cultura.

¿Prejuicios? Pocos puede guardar quien tuvo por suerte toparse con las chicas más estúpidas en la carrera de Literatura, mientras que a la más brillante, no sólo de las mujeres sino también de los hombres, vino a conocerla en un concurso de belleza.

Volvamos pues al terror que me ocupaba. ¿Qué iba a hacer con su vida la mujer más estúpida en mi vida?

III. Seamos fuertes, consolé a mis compañeros al término del dominó de las siete: lo más posible es que esta chica se dedique a pintar. Los compradores de sus obras están ya seguros. La crítica, integrada en su mayoría por cronistas de sociales de izquierdas y derechas diversas, se pondrá velozmente de su lado. Y tampoco faltarán pintores — cuyos nombres desde ahora sabemos — que hagan público su asombro ante esta genuina maestra del color y la línea. Estamos ante la más grande pintora de la jama de todos los tiempos.

También existe la posibilidad, continué, de que un excéntrico y connotado coleccionista de estúpidas se interese por ella, aunque desde el primer momento le salga infinitamente más cara que, por ejemplo, una muñeca de goma, cuya utilidad sería en cualquier caso notoriamente mayor.

Podría también dar clases de Literatura.

IV. Interrumpí la escritura de este relato una mañana. Muy quitado de la pena, aunque consciente de la epidemia de gripe que había azotado inmisericordemente la oficina, me estaba dando gusto con un bote de a litro repleto de jugo de naranja. Sobre mi escritorio yacía el periódico, abierto cual parturienta en la página de los cines. En eso vi entrar a un monstruo.

Un monstruo griposo, además. El verdor de sus ojos, selva desolada por el paso de un lento huracán, semejava mejor la presencia de dos flemas cartarrientas que el par de iris que tres meses antes nos quitara el habla y casi el alma a todos los presentes. Efectivamente, pese a lo avanzado de su enfermedad, la mujer había asistido al trabajo. San Max Factor no.

Claro que una llamada hubiera cubierto con creces su ausencia. Esa sola voz de alarmante gravedad era muy capaz de certificar un estado avanzado de neumonía. ¿Por qué la mujer, estando tan enferma, se presentó a la oficina, destrozando con ello todos sus previos hechizos?

Un coro de tres secretarías, horrendas por cierto, respondió sin titubeos a mi pregunta: *Pues por pen-deja.*

EL DIVINO MARQUES Y LA ESTETICA DE LA MUERTE

José Luis Ontiveros

Resulta una sorpresa reconfortante que los ensayistas mexicanos jóvenes se principien a interesar por los temas prohibidos que han dado frutos tan lujosos como las reflexiones entre otros de Jean Baudrillard, Gianni Vattimo, Alain de Benoist, Gilles Faye, Marco Tarchi, Vintila Horia, Aquilino Duque los cuales desde muy distintas posiciones han asumido una crítica original y sin complejos de fenómenos culturales tanto del periclitado occidentalismo entrópico como de aquellas posiciones que aún distorsionadas por su contacto con la civilización moderna se han propuesto reaccionar contra los ídolos de esta edad oscura.

Gerardo de la Concha escritor casi secreto, es el autor del interesante ensayo *Sade: absoluto y posesión* que, al parecer, integra un libro más visto que esta fina plaqueta referido a la estética y la escatología de la República Social Italiana; el último periodo del fascismo italiano, cuya virtualidad revolucionaria es tan sólo comparable al "primer Mussolini", esto es, a un discurso más anarquista que propiamente "fascista" como se encargó alguna vez en señalar Rubén Salazar Mallén. Sobre este particular conviene acotar que como señalara el autor del *Sistema corporativo fascista*, glosando comunista Togliatti, la naturaleza del fascismo sigue permaneciendo ignorada por la mayoría de los estudiosos, que emplean este término como arma arrojadiza más para descalificar que para argumentar, de lo cual se deriva el que — como indicara Salazar Mallén siguiendo a Togliatti — se persiga a un espectro intercambiable que no es el fascismo, por lo cual su doctrina permanece indemne, ya que se atacan comúnmente caricaturas o simplificaciones grotescas a las que la pereza mental y la falta de objetividad denominan "fascistas", y que se usan para extremar la condena a manera de "he-reje", "contrarrevolucionario", "francmasón", "judío", "rojo", "pardo", "negro" o la palabra diabolizada de ocasión.

Si pudiera precisarse la morfología moral en la afinidad u hostigamiento con que se enfrenta De la Concha a un tema tan debatible y tan abrumador en lugares comunes, bien valdría aventurar la tesis de que la fascinación oculta de este ensayista sobre el objeto estético de su análisis no es otra que el culto a la muerte, en esta pasión que para el pensamiento tradicional es una presencia constante y que sólo con la decadencia produce una civilización cuyo sentido último es la negación de la muerte. Por ello cita a Jean Baudrillard haciendo suya, quizá por un misterio de "posesión", la seducción por el estilo fascista que padece, en su *pathos* aristocrático del pensador francés: "el poder fascista es el único que ha sabido volver a jugar con el prestigio ritual de la muerte" y agrega "el fascismo es, sin embargo, el único poder moderno fascinante, porque es el único, después del maquiavélico, que se asume en tanto que tal, en tanto que desafío".

De la Concha pareciera rehuir el fantasma que se arrastra por los salones (el fantasma del fascismo) porque lo ha exorcizado con una oración. En ella, sin embargo, está contenida una piedad profunda, una devoción satánica, una parálisis de la voluntad devorada por el objeto del estudio: la grandeza del mito y su transformación mítica en razón de Estado: "Finalmente la Razón de Estado se transforma en mito. El mito se enfrenta al desafío de su permanencia y habrá de jugarse

su destino con los dedos de hierro de la historia".

Hay en De la Concha con un pensamiento audaz, una tendencia a la "racionalización" del fenómeno fascista, a través del establecimiento de equivalencias con el espíritu de la revolución jacobina y la tendencia destructiva *shivática* del divino marqués. Pudiera repararse en esta aproximación puramente intelectual a un tipo de pensamiento heroico y pesimista — como se encargó de destacar André Malraux —, cuya entraña irracionalista, fundada en el estilo, en la estética de la muerte, y en una forma particular de "sentir" la vida rebasa en sí los moldes abstractos de su formulación. En ese sentido resulta estéril "pensar" el fascismo, si éste no encarna como doctrina de la propia vida, como forma de expresar el más profundo contenido del ser.

No es posible, así, referirse al fascismo, sino negando su naturaleza que se transfigura en la mística de la muerte, la voluntad de poder y el mito en acción como señala Giorgio Lochi en su estudio del "sobrehumanismo" como núcleo fundante de la mentalidad y la cultura fascista. Independientemente de la importancia de la participación de escritores e intelectuales en el primer fascismo como Gabrielle D'Annunzio, Filippo Thomaso Marinetti, Giovanni Papini, Enrico Malatesta, Curzio Malaparte, Giuseppe Prezzolini, Giovanni Gentile, etcétera, y en un sentido paradójico, el propio contestario del fascismo, Antonio Gramsci, tan influenciado por el *actualismo*, la doctrina filosófica creada por Giovanni Gentile, el filósofo del fascismo. (Ver en *El suicidio de la modernidad* de Aquilino Duque su muy original ensayo sobre "el fascismo de Gramsci".)

El texto de De la Concha concede implícitamente los dones de perversidad iluminística que ha querido ver la crítica "humanista" en el Marqués de Sade, en realidad un obseso cerebral como se encarga de demostrar Julius Evola. Tal concepción desvirtúa el sentido anagógico de la transgresión que estudia el conocimiento tradicional, por ejemplo, la llamada "Vía de la mano izquierda" y en términos particulares el *vámacará* tántrico, asunto en que no es posible extenderse, pero cuyos rasgos más significativos son que la vía de la disolución y de lo orgiástico, incluso con técnicas de magia sexual como la penetración sin la eyaculación y otros aspectos de su "operatividad", se enderezan a un motivo ritual, transfigurante y sacrificial, en todo ajeno a la teología paralela y sacrilega de los "perversos" de la civilización moderna.

Sade: absoluto y posesión de Gerardo de la Concha es una muestra de que finalmente los jóvenes ensayistas mexicanos pueden enfrentar temas verdaderamente dignos de ser tratados, y hacerlo confrontando a la mesnada literaria, fuera de los arteros intereses del establecimiento cultural. Esperemos contar pronto con el libro completo sobre "los 600 días" de la República Social Italiana, inexactamente conocida como República de Saló, que Pasolini trató inútilmente de recrear, quizá porque nunca comprendió — como advirtió el comunista Togliatti — la verdadera naturaleza del fascismo, en que De la Concha encuentra el símbolo de la resurrección en la muerte.

* Gerardo de la Concha, *Sade: absoluto y posesión*. Editorial Robles Hermanos. México, 1990.

II. Una vez que todas mis apologías derrumbáronse, no me quedó más que aceptar que, indudablemente, he conocido a por lo menos tres niños mongoloides más absurdos que ella. No debe extrañarnos descubrir, al mirarla como la figura más notoria de las páginas de sociales, que esta mujer tiene lo que se dice un éxito sólido e incuestionable.

Vino después lo que consideré ya francamente peligroso. Hiceme una pregunta: ¿A qué va a dedicarse esta mujer? Evidentemente — razoné — no podrá sobrevivir en ninguna oficina, ni lo necesita. Pero tiene dieciocho años y, a decir de sus más irreductibles admiradores, toda una vida por delante. ¿Qué va a hacer con ella?

No faltó el bienintencionado que me viniera con que a esta mujer le bastaría con casarse y disfrutar de su éxito social. Imposible: nadie, a estas alturas, puede ya darse el lujo de confiar en tales destinos perfectos. No, señores, vale más esperar lo peor, sentencié justo al salir de una junta. No cometamos la ingenuidad de pensar que las adulaciones de tantos zoófilos fornicarios habrán de caer en saco roto; si esta mujer tiene el éxito a los 18, ¿cómo dudar que a los 30 querrá la gloria?

¿Quién se cree este baboso para venir a hablarnos de estúpidas?, me dijeron dos feministas, una fanática de San Sigmund y nueve degenerados que continuaban prendados de la musa estólida. Modestamente — me defendí — considero haber llevado hasta ahora la clase de vida que me ha permitido tener un contacto muy próximo con las mujeres bru-

ΣΡΟ - DIAZ

Fernando M. Díaz

